

Gaston Racine



**Antología
del destino**

Gaston Racine

Antología del destino



Gaston Racine Le monde et sa destinée
 L'homme et sa destinée
 L'Eglise et sa destinée
 Israel et sa destinée

Gaston Racine. Antología del destino

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa del editor.

Traducción y adaptación: Ferran Cots.

Antología del destino

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: marzo 2022

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera de 1960.

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a las ediciones originales en francés.

Imprime:



Introducción a esta antología

En esta nueva antología de Gaston Racine hemos agrupado cuatro de sus obras cuyo tema central es el destino, no como lo entienden los fatalistas (el encadenamiento de los sucesos considerado como necesario y fatal), sino como meta final a la que nos dirigimos. Bajo esta premisa el autor nos confronta con el destino final del mundo, el hombre, la Iglesia e Israel.

Hemos de señalar que el destino de cada uno es diferente, tal y como nos enseña la Biblia. El mundo actual está condenado a la destrucción, el hombre a la condenación eterna (salvo que se acoja a los beneficios del sacrificio de Cristo), la Iglesia (como conjunto de los salvados por la sangre de Cristo) a la gloria eterna en presencia de Dios, e Israel a un resurgir definitivo bajo el gobierno del Señor Jesucristo, Dios hombre.

Con un tono eminentemente didáctico el autor nos adentra en lo que las Escrituras enseñan respecto a cada uno de los elementos analizados. Pero no perdamos de vista que el propósito final del autor no es otro que proclamar la verdad del Evangelio, para que el lector inconverso reconozca su situación de verdadero peligro de muerte eterna y conozca el perdón y la salvación que son por Cristo Jesús.

Barcelona, marzo de 2022

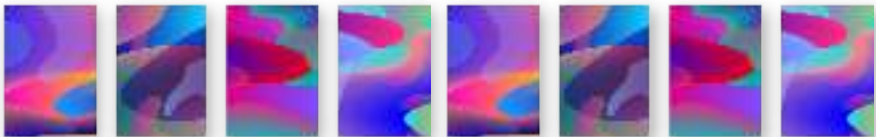


El mundo y su destino

Primera edición: noviembre 2020

Libro 1

El mundo y su destino



¿Qué es lo que fue? Lo mismo que será. ¿Qué es lo que ha sido hecho? Lo mismo que se hará; y nada hay nuevo debajo del sol. ¿Hay algo de que se puede decir: He aquí esto es nuevo? Ya fue en los siglos que nos han precedido. No hay memoria de lo que precedió, ni tampoco de lo que sucederá habrá memoria en los que serán después.

(Eclesiastés 1:9-11)

Prólogo

El mundo está en una actitud de espera. Nunca una época ha conocido una expectativa tan ansiosa, universal. El pensamiento del futuro nunca estuvo tan presente en todas las mentes, incluso las más vulgares, las más insensatas.

El sentimiento mostrado hace mucho tiempo por el profeta Jeremías parece expresar perfectamente el estado de ánimo de la mayoría: *“Esperamos paz, y no hubo bien; día de curación, y he aquí turbación”* (Jeremías 8:15).

Durante seis años, en esta tierra, donde hace tiempo anduvo Jesucristo, los hijos de una civilización que aún lleva su nombre desataron las pasiones más odiosas, y vimos una nueva página de horror añadirse al libro negro de la humanidad¹.

Cuando terminó la guerra se esperaba que, los millones de personas oprimidas durante aquellos trágicos años, proscirieran para siempre esas batallas fratricidas, esos exterminios diabólicos.

¿Acaso no suspiraban por la paz? ¿No la habían deseado en su alma angustiada y en su cuerpo herido?

Las naciones que experimentaron los horrores de la guerra, ¿serían capaces de volver a sumergirse nuevamente en ellos?

El hombre, este ser sediento de felicidad, ¿sería capaz, en su loco orgullo, de lanzarse tan ciegamente en el camino de la ruina y precipitar a sus hermanos en un abismo de dolor? ¿Destruiría con sus propias manos lo que construyó a costa de tanto esfuerzo, poniendo su inteligencia, sus inventos más admirables y útiles al servicio de fines destructivos?

Sí, todo es posible, tanto es así que constantemente se habla de una nueva conflagración general más atroz que las guerras anteriores. Muchos esperan mantener la paz, pero el horizonte permanece sombrío, el aire saturado de amenazas y odio. Ya en muchos lugares han comenzado incendios, y la sangre sigue fluyendo. Los intereses de los poderosos se enfrentan. A pesar de planes y conferencias, la esperanza en un futuro mejor se desmorona más y más cada día que pasa y, tambaleándose, el mundo continúa su marcha hacia la negra oscuridad. ¿Dónde va el mundo? escribió François Mauriac² en Le Figaro³. ¿Dónde va el mundo? exclaman hoy,

de derecha a izquierda, todos aquellos que todavía ejercen la capacidad de pensar.

1 ► Se refiere a la segunda guerra mundial, que duró de 1939 a 1945.

2 ► François Mauriac fue un periodista, crítico y escritor francés. Ganador del premio Nobel de literatura en 1952, es conocido por ser uno de los más grandes escritores católicos del siglo XX.

3 ► Le Figaro es un diario de Francia, de tirada nacional. Es el más longevo de los que aún se publican. Fue fundado el 15 de enero de 1826.

Una solemne advertencia

La vida es muy corta y vuestras almas son demasiado valiosas para que os hagamos perder el tiempo, dándoos a conocer el resultado de nuestros propios pensamientos sobre el futuro del mundo. Creemos que estamos llegando a lo que la Biblia llama *"los últimos tiempos"*. Es por eso que, simplemente, nos gustaría tratar de despertar vuestro interés, poniendo ante vosotros las verdades de la Palabra de Dios.

En un anterior escrito titulado **"Creencia o fe"** ya tuvimos la ocasión de explicar los motivos por los que creemos en la inspiración divina de las Escrituras. Pero si no compartís nuestra convicción al respecto, permitidnos que os presentemos lo que ella misma declara respecto al mundo y su destino.

Dios creó el mundo por su poder, fundó el mundo con su sabiduría. Extendió los cielos con su inteligencia... Todo hombre es un ignorante ante su saber... Es él quien lo formó todo... *"Jehová de los ejércitos es su nombre"* (Jeremías 10:12-16)¹.

El Dios que creó el mundo y todo lo que en él hay, siendo Señor de cielos y tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, no es servido por manos humanas, como si tuviera necesidad de algo. Es Él, quien da a todos vida y aliento (Hechos 17:24-25)².

Tomado en este sentido, el mundo es fruto de la pura voluntad divina, ese es el resumen del relato bíblico de la creación. Además, el mundo fue creado perfecto, es decir, adecuado para el hombre que debía habitarlo.

"Porque todo lo que Dios creó es bueno, y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias; porque por la palabra de Dios y por la oración es santificado" (1 Timoteo 4:4, 5).

Asimismo, el mundo fue creado hermoso, reinaba un orden establecido por Dios. Era un cosmos, es decir, un todo armónico, opuesto al caos primitivo del que Dios lo sacó.

Pero el mundo tiene un carácter limitado, pasará, como todo lo que es relativo. Jesús y, más tarde, los apóstoles anunciaron que acabaría.

Como el mundo no contiene en sí mismo el principio de su existencia, tampoco tiene el de su final. No tiene ningún valor propio por sí mismo.

Por eso Jesús dijo: *"Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?"* (Mateo 16:26).

El mundo fue creado para la gloria de Dios. Debe servir para manifestar su poder, ser el escenario en el que el hombre pueda representar la maravillosa obra escrita por Dios.

Pero, ¡ay!, en esta creación, en la que Dios mismo afirmó que todo era bueno en gran manera, la caída del hombre introdujo las dolorosas consecuencias del pecado. No solo la raza humana sufrió dichas consecuencias, sino también toda la creación con ella.

De esta forma la tierra rica y productiva fue maldita a causa del hombre y produjo zarzas y espinas. La esterilidad, el sufrimiento y la muerte golpearon tanto al reino vegetal como al animal.

Si todavía hoy podemos admirar en la naturaleza la belleza, la sabiduría y el poder de Dios, no obstante también descubrimos por todas partes los resultados del pecado. Todo fue sujeto a vanidad. Pero no será siempre así, como dice el apóstol Pablo:

"Porque el anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios. Porque la creación fue sujeta a vanidad, no por su propia voluntad, sino por causa del que la sujetó en esperanza; porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios" (Romanos 8:19-22).

1 ► *"El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; a su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos. Todo hombre se embrutece, y le falta ciencia... porque él (Dios) es el Hacedor de todo... Jehová de los ejércitos es su nombre"* (Jeremías 10:12-16).

2 ► *"El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas, ni es honrado por manos de hombres, como si necesitase de algo; pues él es quien da a todos vida y aliento y todas las cosas"* (Hechos 17:24-25).

¿Cuándo y cómo se producirá esta liberación?

La Escritura anuncia que esta liberación universal tendrá lugar cuando Jesucristo regrese personalmente en gloria.

Esta afirmación no debería sorprendernos, ya que el regreso de Jesucristo es una de las verdades mejor establecidas de la Biblia. Es por eso que no podemos aceptar los textos que afirman el nacimiento milagroso de Jesús, su muerte por nuestros pecados, su gloriosa resurrección y ascensión, y rechazar los pasajes sobre su regreso, anunciado por cientos de textos, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento.

No entraremos ahora en detalles sobre las diversas fases del regreso de Cristo. Baste decir que, en su venida, exterminará a los rebeldes y a los malvados y establecerá sobre la tierra su reino universal, de justicia y paz.

Bajo el gobierno de Cristo y la sabia administración de los que serán llamados a reinar con Él, renacerán en el mundo el derecho y la justicia. La creación entera será librada de la maldición. Las bendiciones del cielo descenderán sobre la tierra. De esta edad de oro nos habla la Biblia:

“Se alegrarán el desierto y la soledad; el yermo se gozará y florecerá como la rosa. Florecerá profusamente, y también se alegrará y cantará con júbilo...” (Isaías 35:1-2a).

“Morará el lobo con el cordero, y el leopardo con el cabrito se acostará; el becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacarán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:6-9).

El libro del Apocalipsis habla del reino milenial de Cristo (Apocalipsis 20:2-3)¹, durante el cual el diablo será apartado y no tendrá la posibilidad de someter a los hombres a su funesta influencia. Pero después de ese período, Satanás será liberado por un tiempo y la humanidad será sometida a prueba por última vez.

Sorprendentemente, después de haber disfrutado de un extenso período de paz y prosperidad, fundados en el derecho y la justicia, el hombre seguirá al diablo en una última rebelión contra Dios. Es entonces cuando vendrá el fin.

Descenderá fuego del cielo y devorará no solo a los rebeldes, sino también al mundo. No importa cuán graves sean los acontecimientos actuales es absolutamente falso decir que el fin del mundo está cerca.

Estamos llegando al fin de una época, pero el fin del mundo no tendrá lugar más que después del reinado milenial de Cristo. Entonces, como dice el apóstol Pedro, en ese día *"los cielos, encendiéndose, serán deshechos, y los elementos, siendo quemados, se fundirán"* (1 Pedro 3:12), desapareciendo absolutamente todo.

Luego, en el Infinito, se levantará un gran trono blanco, ante el cual aparecerán todos los muertos, "los grandes y los pequeños", para ser juzgados según sus obras por aquel que se sienta en el trono.

Después de esto, Dios creará un nuevo cielo y una nueva tierra, donde el pecado y sus consecuencias no existirán. Este mundo ha sido el escenario de demasiadas iniquidades para que Dios lo deje subsistir. En él fue perpetrado el mayor crimen, la crucifixión del Hijo de Dios.

Amigos, recordad siempre que las cosas visibles solo duran cierto tiempo, que solamente las invisibles son eternas. Por lo tanto, unamos nuestros corazones al que permanece para siempre, a este Dios revelado en Jesucristo, y de quien todas las obras de la naturaleza dan testimonio.

1 ► *"Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años; y después de esto debe ser desatado por un poco de tiempo"* (Apocalipsis 20:2-3).

El mundo en su sentido histórico

Aparte del sentido cosmológico, la palabra mundo tiene en la Biblia un sentido histórico referido a la humanidad. Así leemos en la Biblia:

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16).

Entendido de esta forma, el mundo es el objeto de la benevolencia de Dios, cuyo testimonio irrecusable es la entrega de su Hijo como salvador del mundo. Cristo se ofreció al castigo de la justicia divina y en su muerte venció al pecado.

Por este motivo Dios nos es propicio porque *“Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no tomádoles en cuenta a los hombres sus pecados... Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él”* (2 Corintios 5:19-21). De esta forma Cristo es, en el sentido más amplio y más completo de la palabra, la vida del mundo.

La Biblia nos ofrece una enseñanza clara respecto al origen del hombre y su destino, a la cual Cristo ha revestido de su autoridad infalible. Fuera de esta revelación el hombre no sabe ni de donde viene, ni a donde va.

Si el creyente es receptivo a los descubrimientos científicos, que hasta hoy no han podido desacreditar a la Biblia, sino que confirman su testimonio; por el contrario rechaza las especulaciones de aquellos que quieren darnos una explicación del mundo contraria a la de las Escrituras, y que no aportan más que simples hipótesis, apoyadas en apariencias y no en hechos científicos probados.

Comprometidos en una búsqueda de la cual Dios está excluido de antemano, y donde las capacidades y la sabiduría humanas están divinizadas, algunos hombres muestran solo desprecio y odio por la Biblia, que pone a Dios en el centro y coloca al hombre en el lugar que le corresponde.

Pretender que la Biblia no tiene ningún valor científico es privarla de su autoridad moral. Dios no es de los que esconde una verdad espiritual bajo una mentira histórica. Si muchas personas aceptan hoy las premisas de una falsa ciencia, es porque les permite rechazar al mismo tiempo, más o menos

conscientemente, otras verdades bíblicas que, reconocidas, obligan al ser humano a cambiar de camino y prepararse para el encuentro con Dios.

Sin embargo, incluso hoy, la enseñanza bíblica sobre el mundo y la humanidad no impide que las inteligencias, a las que el materialismo ya no satisface, lleguen a la fe. Al contrario, por esa enseñanza, establecen conocimiento de la Palabra de Dios, en la que se desarrolla todo el plan divino para la humanidad. Se revela, en perfecto equilibrio, la libertad del hombre, al mismo tiempo que se nos manifiesta la soberanía de Dios sobre todas sus criaturas.

El riesgo que comportaba la creación de un ser libre, estaba cubierto por el plan de la redención. En caso de caída, de malas decisiones, Dios levantaría al hombre pecador, lo atraería hacia sí mismo mediante la revelación de un amor mayor que cualquier otro: el amor de la entrega total.

Pero este amor no podía ser manifestado al hombre más que en el tiempo conveniente, es decir en el momento en que la humanidad, cansada de sus errores, de sus constantes fracasos para establecerse en el bien, reconociera la necesidad de una intervención de la gracia divina para regenerar al hombre perdido.

Entonces apareció Jesús, el Cordero de Dios, predestinado antes de la fundación del mundo. Su vida intachable manifestó la verdadera situación de judíos y paganos. Detenido por los líderes de su pueblo, fue condenado a muerte, entregado a Pilato para que la sentencia emitida en su contra fuera ratificada y ejecutada por los romanos. En ese momento, judíos y paganos, que eran enemigos entre sí, se unieron para crucificar y eliminar de la tierra al que nos mostró dos verdades importantes:

La verdad sobre Dios. Dios ama a sus criaturas. No ha abandonado al hombre, no le imputa sus faltas. No quiere la muerte del pecador, sino su conversión y su vida.

La verdad sobre el hombre. El hombre es un ser creado a imagen de Dios y predestinado a la gloria eterna. Pero el hombre no amó a Dios ni creyó en su amor. Quiriendo vivir su vida, se separó de su creador y cayó en un camino de desobediencia, bajo el poder del diablo, quien inspira sus pensamientos y sus actos y le lleva a seguir su lujuria.

Así que, el hombre no es realmente libre. Habiendo rehusado ser el actor de Dios en este mundo, se convierte en instrumento del demonio, que es mentiroso y homicida desde el principio.

La crucifixión de Cristo puso en evidencia la verdadera situación del hombre ante Dios, la naturaleza y el poder del pecado.

El rechazo de Cristo ha establecido de forma irrefutable la culpa del mundo, y su incapacidad para justificarse ante Dios, por obras de ley y esfuerzos de conciencia.

Los hombres querían ver a Dios. Cuando lo vieron lo mataron, incapaces de soportar, incluso velado por su carne, el esplendor de su santidad. No hay, por lo tanto, salvación para el hombre, excepto en la gracia de Dios. Esta gracia es ofrecida por Él a todos.

Aceptada libremente, provoca en el corazón del hombre arrepentimiento verdadero y fe en Cristo, cuya sangre es el precio de nuestra salvación.

La revelación de la justicia y del amor de Dios hace nacer en nosotros amor por Él y por los *"frutos de vida"*. Si, por el contrario, rechazamos la gracia, entonces son el endurecimiento, la indiferencia y el odio los que se asientan en nuestro corazón y producen sus *"frutos de muerte"*.

Desde la cruz, donde Cristo murió entre dos malhechores, el mundo se dividió en dos. Por un lado los hombres perdidos que, como el malhechor arrepentido, se reconocen culpables y se confían a su salvador, que les asegura la vida eterna con Él.

De otro lado, hombres también condenados que, como el otro malhechor, no ven sus pecados, blasfeman, quieren ver un milagro y mueren en la impotencia.

Amigos, ¿de qué lado estáis? ¿Dónde va el mundo? ¿Dónde va la humanidad? Unos van hacia la vida eterna. Los otros avanzan hacia la muerte y la perdición.

Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él. El que en él cree, no es condenado; pero el que no cree, ya ha sido condenado, porque no ha creído en el nombre del unigénito Hijo de Dios.

(Juan 3:17-18)

El mundo como sistema

Llegamos finalmente al último significado bíblico de la palabra mundo. Además del significado cosmológico e histórico que hemos considerado, el término mundo tiene en la Biblia un sentido moral y religioso.

En el lenguaje de los escritores sagrados sirve para definir, no la totalidad de la creación, sino el sistema, la totalidad de los asuntos humanos en la tierra, este conjunto de principios e influencias que nos rodea por todas partes, que actúan sobre nosotros continuamente y en los que Dios no tiene lugar.

La característica de este sistema es gobernarse sin ninguna dependencia real de Dios. Es el mundo, en tanto que ajeno a la vida de Dios, el entorno donde, desde la caída, reina y se desarrolla el mal, y que el apóstol Juan identifica con el mal mismo diciendo: *"... el mundo entero está bajo el maligno"* (1 Juan 5:19).

El príncipe de este mundo es Satanás, llamado también el *"dios de este siglo"*, y el mundo denominado el *"presente siglo"*, por oposición a las realidades eternas. Este mundo actúa sobre nosotros principalmente a través de la sensualidad, la vanidad y el orgullo. Tal como leemos:

"No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos; pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre" (1 Juan 2:15-17).

"¡Oh almas adúlteras! ¿No sabéis que la amistad del mundo es enemistad contra Dios? Cualquiera, pues, que quiera ser amigo del mundo, se constituye enemigo de Dios" (Santiago 4:4).

La historia del mundo, considerado como un sistema, empezó a partir del momento en que el hombre fue expulsado del paraíso, donde Dios lo había colocado en inocencia y paz. Bajo la influencia de Satanás, abandonó a Dios para entregarse a sus pasiones, a través de las cuales el diablo estableció su poder sobre él.

Bajo la dirección de Caín, que se alejó de Dios, el mundo se organizó en una ciudad construida y embellecida por el trabajo y los inventos de los hombres. Pero el hombre estaba sin Dios en esta ciudad.

Por lo tanto, no es sorprendente que la historia de la civilización, cuyo origen se remonta a la caída, pueda ser resumida por Dios en estas cinco palabras del Apocalipsis: muerte, luto, lágrimas, llantos, penas. Caín, un homicida, fue su padre.

Así que la Escritura nos muestra:

- Que el tren de este mundo es conducido por Satanás.
- Que la sabiduría del mundo es necedad ante Dios.
- Que el espíritu del mundo es espíritu de ceguera y seducción.
- Que las preocupaciones de este mundo reprimen la Palabra de Dios.
- Que la tristeza del mundo produce la muerte.
- Que las impurezas del mundo excluyen de la presencia de Dios.
- Que el amor del mundo se convierte en enemigo de Dios.

Resumiendo, el mundo es el sistema cuyo origen se remonta a la caída del hombre, que rechazó a Dios en la persona de su Hijo cuando vino a la tierra. La noche que el Señor Jesús fue entregado ya declaró que este mundo había sido juzgado. *“Yo ruego por ellos -dijo-; no ruego por el mundo, sino por los que me diste; porque tuyos son...”* (Juan 17:9).

Las Escrituras aclaran que no hay esperanza de mejora para este mundo, visto como un sistema. Este sistema es malvado y ha sido definitivamente juzgado. Seas cuales sean los actores, la obra que representan los hombres en el teatro de Dios es la del diablo.

Ninguna filosofía, ninguna ideología, ninguna religión podrá mejorar el sistema y traer felicidad a la humanidad separada de Dios. Sean los que sean los movimientos políticos que tomen el poder, nada podrá impedir al mundo acabar en quiebra.

En el escenario del mundo, cuyos hermosos decorados proclaman aun la gloria de Dios, los hombres interpretan el último acto del drama escrito por Satanás. Después de haber separado a los hombres de Dios, de haber hecho matar a la persona de Cristo, el Hijo de Dios, no le queda nada más que llevar a la humanidad al suicidio.

Pero si el diablo manifiesta sus oscuros designios, Dios también nos revela su plan. El fin de esta terrible ocupación del mundo por Satanás está cercano. ¡Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores volverá!

Sin embargo los acontecimientos predichos por la Escritura deben cumplirse. No estemos preocupados, sino reconciliémonos con Dios por Jesucristo, para que podamos mantenernos firmes y vencer en todo. Regresemos a Dios para desempeñar el papel que Él escribió para nosotros en su libro de la vida y que Jesucristo vino a enseñarnos.

Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios.

(2 Corintios 5:20)

¿Qué seremos en este mundo?

Así entendido, el mundo para nosotros puede ser un medio para glorificar a Dios, o una seducción que nos aleje de Él; según podamos dominarla por el Espíritu y vencer su funesto poder, o si nos convertimos en sus esclavos.

¿Seremos *“colaboradores nulos”*, es decir, hombres que, para su propia gloria, comodidades y placeres terrenales, aceptan todas las negaciones y todos los falsos compromisos?

¿Nos convertiremos, por el contrario, en *“resistentes”*, aquellos que, por su fe, triunfan sobre el mundo y perseveran en la obediencia absoluta a las órdenes de Cristo, cumpliendo la misión que nos confía mientras esperamos su venida?

Salvar la vida en el presente siglo, es querer perderla mañana y hundirse en la vergüenza eterna. Perder la vida hoy, por amor a Jesucristo, es salvarla para el futuro y compartir la gloria de su reino. Es por esto que la única esperanza para los hombres es aceptar el evangelio.

Esta revelación de Dios que nos dice que el poder que vemos en todas partes, en la naturaleza, no quiere permanecer externo a nosotros y aplastarnos.

Por el contrario, busca apoderarse de nosotros, penetrarnos, llenarnos; quiere volver a hacernos participantes de la naturaleza divina, para que podamos recibir de ella todo lo que contribuye a la vida y la piedad. En esta tierra, este poder de la gracia se manifestó de manera perfecta en Jesucristo.

Amigo, en este momento la gracia divina es todavía propicia. Se te opone mientras permanece anónima y alejada de tu vida. Pero, desde el momento en que la aceptas, cuando la reconoces, te transforma y penetra tu ser. Entonces experimentas que Dios ya no está en tu contra, sino contigo.

Entonces la lucha contra Dios cesa, es Dios quien te lleva y lucha por ti contra el mal. Créelo, este poder es lo que los hombres necesitan hoy.

Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir

(Mateo 25:13)

Conclusión

Todo el progreso de la civilización no ha traído felicidad a la humanidad. Magullada, derrotada, enferma de pies a cabeza, no hay nada sano en ella y no hay ningún remedio para sanarla. Avanza en un valle donde la sombra de la muerte se cierne, donde las lágrimas, el luto, los lamentos y las penas se han convertido en pan de cada día, donde la injusticia aumenta y multiplica a los rebeldes.

Los hombres utilizan su poder para destruir. Preparan nuevas guerras, cuando las ruinas de las precedentes aun humean. Los sabios de hoy no se avergüenzan de poner sus inventos al servicio de un poder destructor, inigualado hasta hoy.

Los ingenieros no se avergüenzan del mal uso de la técnica, que conduce a menudo a los hombres a la esclavitud.

Los capitalistas no se avergüenzan del afán por el dinero, poder de injusticia y egoísmo.

Los líderes políticos no se avergüenzan del poder de ciertos fermentos revolucionarios que expanden el odio en los corazones y la sangre en las calles.

Los artistas no se avergüenzan de la influencia de sus obras que, con demasiada frecuencia, sirven para acostumbrarse a una moral relajada y corrupta, por el espectáculo que ofrecen a la vista y al oído.

Los periodistas no se avergüenzan de darnos todos los detalles de los crímenes y escándalos más odiosos.

Los deportistas no se avergüenzan de pelearse en público para obtener una gloria perecedera.

Es por eso que, por nuestra parte, tanto si nos tomáis por locos, desfasados o iluminados, proclamamos con fuerza que no nos avergonzamos del evangelio, que es el poder de Dios para la salvación de los que creen (Romanos 1:16)¹.

Amigos que estáis angustiados por la situación del mundo, Dios tiene todos los derechos sobre vosotros. Vuestras vidas están en sus manos. Ni vuestra incredulidad, ni vuestra burla, ni vuestros esfuerzos evitarán que Dios cumpla lo que ha determinado para el mundo. Haced la paz con Él y seréis salvos.

El que haya sabido discernir que el mundo es el teatro donde Dios le da la oportunidad de glorificarlo, el que haya reconocido en Jesucristo al verdadero salvador del mundo y le reciba, conocerá el amor del Padre y sus gloriosos pensamientos hacia la humanidad.

Vivirá *“en el mundo como sin ser del mundo”*, rechazando ser actor de Satanás, representará en la obra de Dios el papel creado expresamente para él.

Trabjará por el bien de su prójimo, esperando el cumplimiento de los designios de Dios para todas sus criaturas: caminos de amor y de paz, si sabemos amarlo y darle nuestro corazón.

1 ► *“Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego”* (Romanos 1:16).

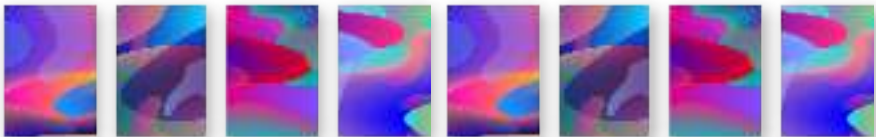
Vi un cielo nuevo y una tierra nueva; porque el primer cielo y la primera tierra pasaron, y el mar ya no existía más. Y yo Juan vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta como una esposa ataviada para su marido. Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron. Y el que estaba sentado en el trono dijo: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas. Y me dijo: Escribe; porque estas palabras son fieles y verdaderas. Y me dijo: Hecho está. Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tuviere sed, yo le daré gratuitamente de la fuente del agua de la vida. El que venciere heredará todas las cosas, y yo seré su Dios, y él será mi hijo.

(Apocalipsis 19:11-16)

El hombre y su destino
Primera edición: abril 2014

Libro 2

El hombre y su destino



Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna.

(Juan 3:16)

Introducción

Ante el autor invisible de la creación, mil años antes de Cristo, el rey David, ante la visión del cielo estrellado que disfrutaba desde la terraza de su palacio en Jerusalén, exclamaba: *"¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites?"* (Salmo 8, vers. 4).

Frente a ese prodigioso espacio constelado de mundos desconocidos, el salmista de Israel se asombra ante la pequeñez del hombre que, sin embargo, fue elegido para ser el señor de todas las cosas.

¿Qué es el hombre?

Aún hoy la pregunta que se hacía el rey David no ha perdido nada de su interés. ¿De dónde venimos? ¿A dónde vamos? ¿Cuál es nuestro origen? ¿Qué somos? Esas son las preguntas que, tarde o temprano, se plantea cualquier persona que reflexione sobre el tema.

Hay que añadir que, privado de una revelación trascendente, abandonado a sus propios recursos y a los de sus semejantes, el hombre se pierde entre hipótesis, sin obtener ninguna certeza sobre su origen o su destino.

Si el sistema solar se hubiera originado por una explosión fortuita, la aparición de la vida sobre este planeta sería un accidente, y la evolución entera del hombre sería también un accidente. De ser así nuestros actuales pensamientos son meros accidentes...

Y esto vale también tanto para los pensamientos de los materialistas y los astrónomos como para los de los demás. Pero si sus pensamientos (los de los materialistas y los astrónomos) son meros productos accidentales, ¿por qué tendríamos que creer que son verdaderos?

C.S. Lewis

¿Qué sabemos?

Por medio del registro civil puedes conocer tu fecha y lugar de nacimiento. Tus padres te enseñaron que naciste de ellos y que ellos mismos son descendientes de otros hombres y mujeres. Tal vez has intentado hacer tu árbol genealógico, pero pronto te encontraste perdido en la noche de los tiempos.

Si naciste en el seno de una familia cristiana aprendiste que la humanidad descende de una primera pareja, que era la creación de un Ser Supremo, poderoso y temible, poseedor de vida propia, no creada, autor, fuente y causa de todas las cosas. Es el Dios personal de la Biblia. El único que posee la existencia absoluta y que da la vida a quien Él quiere.

Sin embargo, tal vez esta historia del Génesis no te ha convencido. Bellas leyendas, pensarás, pero sin fundamento científico. Por otra parte, ¿cómo creer en un Dios omnisciente, omnipotente y omnipresente cuando tantos sucesos en este mundo parecen desmentir su justicia, su poder, su amor y su gracia?

Si, por el contrario, has nacido en un ambiente ateo habrás aprendido que el ser humano es producto de una larga evolución, el desarrollo gradual de unas bacterias primitivas desde los animales más inferiores hasta el hombre. Simplemente te habrán dicho que el hombre descende del mono.

Durante decenios esta teoría fue enseñada tanto en las escuelas primarias como en las universidades.

Abandonada hoy día por bastantes científicos serios, continua sobreviviendo en el espíritu de mucha gente y continua siendo enseñada en las escuelas.

Actualmente todos los que se aferran a esta teoría y la mantienen todavía, como lo hizo antaño el padre Teilhard de Chardin¹, profesor en el Instituto Católico de París, prefieren decir que el hombre *"asciende"* del mono, esta expresión alenta el espíritu de que la evolución aun no ha terminado y que, más allá del estado imperfecto en el que nos encontramos, después de tantos esfuerzos y luchas, una raza diferente, más desarrollada sucederá a la nuestra.

"Realmente -decía el profesor E. Gagnebin² en 1943- no hay ninguna duda, el hombre es el descendiente de una rama de monos antropomorfos."

Si mostramos un espíritu crítico frente a las afirmaciones de la Biblia y la iglesia, es ahora el momento de probar que nuestro escepticismo no es unilateral y que sabemos distinguir entre los hechos y las teorías científicas. Tanto más que sobre este tema, los científicos no han estado jamás de acuerdo entre ellos. Lecomte de Noüy³ escribía en 1946: “Podemos afirmar en cualquier caso que ninguna forma viviente actual es el ancestro directo de otra. El hombre no desciende del mono.”

Tenemos entonces el derecho de pedir a los científicos ateos, deistas o liberales, pruebas de lo que sostienen, ya que no vemos porque ellos merecen más que los creyentes una confianza ciega.

Como ya hizo en 1812 el gran científico Cuvier⁴, reclamamos que nos enseñen los eslabones intermedios entre el hombre y el mono. Se nos dice entonces que han sido encontrados y, cuando pedimos verlos, se nos pone delante la “reconstrucción” de un extraño ser que parece mono y hombre a la vez.

Un atento estudio del *Pithecantropus erectus*⁵ nos permite constatar rápidamente que no se trata de un ser real, sino de una creación fantástica en yeso, hecha a partir de los datos de un médico holandés, Eugène Dubois⁶.

Así el descubrimiento, entre el otoño de 1891 y el de 1892 en la isla de Java, de una tapa craneal, de un fémur quince metros más lejos y de tres molares, permitió a los evolucionistas presentar su famoso eslabón intermedio, llamado pitecántropo (literalmente: *hombre mono*).

Otros restos fósiles, descubiertos en China entre 1921 y 1939 por Davidson Black⁷ y el padre Teilhard de Chardin, hicieron aparecer los *Sinanthropus pekinensis*⁸ (hombre chino de Pekín). Finalmente en 1935 el explorador alemán Kohl-Larsen⁹ hizo un descubrimiento sensacional en el lago Njarasa (Eyasi) en Tanzania. De nuevo se trataba de fragmentos de huesos que permitieron a algunos científicos presentar al mundo un nuevo hombre mono, un eslabón llamado esta vez *africanthropus*.

1 ► Pierre Teilhard de Chardin S.J. (1881-1955) fue un religioso jesuita, paleontólogo y filósofo francés que aportó una muy personal y original visión de la evolución.

2 ► E. Gagnébin fue profesor y catedrático de geología de la Universidad de Lausanne (Suiza).

3 ► Pierre Lecomte du Noüy (1883-1947) fue un biofísico y filósofo francés. Sostenía un interpretación teológica y teísta de la evolución.

4 ▶ Georges Cuvier (1769-1832) fue un naturalista francés. Fue el primer gran promotor de la anatomía comparada y de la paleontología. Ocupó el cargo de profesor de anatomía comparada del Museo Nacional de Historia Natural de Francia, en París.

5 ▶ Entre 1891 y 1892 el médico anatomista holandés Eugène Dubois creyó encontrar el "eslabón perdido" al descubrir algunos dientes sueltos, una calota (tapa) craneal y un fémur —muy similar al del hombre moderno— en las excavaciones paleontológicas que realizaba en el río Solo cerca de Trinil, en el interior de la isla de Java (Indonesia). Dubois publicó estos hallazgos con el nombre de *Pithecanthropus erectus* (hombre-mono erguido) en 1894, pero más conocido popularmente como "*El Hombre de Java*".

6 ▶ Eugène Dubois (1858-1940) fue un anatomista holandés, famoso por su descubrimiento del *Homo erectus* en la Isla de Java en 1891 (ver nota 5).

7 ▶ Davidson Black (1884-1934) fue un anatomista y paleontólogo canadiense famoso al presentar en 1927 a la comunidad científica los restos del llamado Hombre de Pekín, encontrados cerca de la capital china.

8 ▶ *Sinanthropus* (de Sino-"China" y anthro-"hombre") es un pretendido género obsoleto de homínido en el sistema de clasificación científica. Fue creado cuando se descubrió uno de los primeros molares fósiles del llamado *Hombre de Pekín* y Davidson Black, en 1927, le asignó la clasificación *Sinanthropus pekinensis*.

9 ▶ Ludwig Kohl-Larsen (1884-1969) fue un médico alemán, aficionado a la antropología y a los viajes de exploración.

Varones atenienses, en todo observo que sois muy religiosos; porque pasando y mirando vuestros santuarios hallé también un altar en el cual estaba esta inscripción: AL DIOS NO CONOCIDO. Al que vosotros adoráis, pues, sin conocerle, es a quien yo os anuncio.

Pablo de Tarso en el Areópago de Atenas
(Hechos de los Apóstoles 17:22-23)

Nuevas preguntas

El ingenio de estos hombres nos hace soñar y la credulidad de sus adeptos nos deja estupefactos. Son hombres para los que el testimonio de la Biblia, verdadera *roca de los siglos*, parece incierto en materia de fe, y que se contentan con algunos huesos y una imaginación audaz para fundar sus creencias. En cualquier caso, si los evolucionistas pretenden haber encontrado el *eslabón perdido*, nadie puede presentar un eslabón vivo.

Y, ¿de dónde viene el mono? Él también sería un animal fruto de la evolución. Así, siguiendo nuestros sabios guías, remontamos la cadena de la evolución que debe conducirnos a los orígenes del hombre.

Llegamos al pequeño *anfioxo*¹, pequeño pez de organización inferior, que vive en diferentes mares y representa la forma más simple de los vertebrados. Pero, ¿de dónde proviene este gusano marino? Se nos invita entonces a remontarnos a la primera célula viviente que, a través de evoluciones posteriores, habría dado lugar al hombre, tal como lo conocemos hoy.

Si esta teoría parece, a primera vista, más plausible que la de la eternidad del mundo, o la de que el hombre apareció por sí sólo, se pueden hacer graves objeciones contra ella, sobre todo por que no resuelve en absoluto el problema que nos ocupa.

¿De dónde proviene entonces la vida? ¿Quién es su autor? Aquí los evolucionistas se estrellan contra un muro, a menos que no opten por el azar o la nada, o un *dios desconocido* que no será, en ningún caso, el de la Biblia, a pesar de todos los esfuerzos intentados para conciliar la doctrina de la Evolución y de la Revelación. ¿Quién nos iluminará en este proceso?

1 ► A los anfioxos se les ha dado una gran importancia, ya que en algún momento fueron considerados como la transición evolutiva entre los urocordados (ascidias) o cordados inferiores y vertebrados o cordados superiores.

*Cuando se deja de creer en Dios, inmediatamente
se cree en cualquier cosa.*

G. K. Chesterton

El hombre, pretendiendo ser sabio, se ha vuelto insensato

Sin desconcertarse con las teorías científicas que acabamos de examinar, algunos proclaman que todo viene de la materia, que ella lo ha creado todo, que es eterna y que nada existe fuera de ella. Estas explicaciones nos chocan ya que, como se sabe, la materia se transforma, la transformamos, pero jamás ha creado nada.

Así que si la materia es el ser divino, la causa primera, sería ella la que lo dominaría todo. Ahora bien, el hombre domina la materia de múltiples formas.

Todas las doctrinas materialistas finalmente acaban diciendo que el hombre es dios. De esta forma el hombre se fabrica un dios al que poder servir. Es decir la materia. Es a esto a lo que ha llegado el ateísmo, ya sea positivista, filosófico o existencialista. Buscando a toda costa nuestro origen, acabamos haciendo el sensacional descubrimiento que nosotros mismos somos dios.

Entregado a sí mismo y a los recursos de sus semejantes, el hombre concluye con orgullo que él es dios. He aquí todos los problemas simplificados y la felicidad perfecta ciertamente encontrada. Yo soy dios. Acabo de descubrirlo y ya me exalto. Si soy dios entonces puedo hacerlo todo, todo me está permitido, puedo explicarlo todo. Desgraciadamente mi euforia se disipa bien pronto. No he reinado mucho tiempo, no más que Nietzsche¹ quien, después de haber creído en Dios, perdió la razón.

Yo tenía grandes planes, pero las circunstancias imprevistas trastornaron todos mis proyectos. La enfermedad me detiene. La muerte me separa de los seres queridos. Los hombres se oponen a mi voluntad. Estoy abrumado. Y mientras que, de todos lados, percibo mis límites, mi impotencia, mi locura, de repente me doy cuenta que si yo me creo dios, los demás también piensan que lo son. Vemos todos estos dioses diferentes disputándose el trono, levantándose los unos contra los otros...

Pero basta de blasfemar, porque yo no soy Dios y mis semejantes tampoco. Por todas partes, fuera de mí y de los hombres encuentro un poder, una fuerza superior que me domina y me lleva hacia un destino misterioso. He intentado descubrir mi pasado, mi origen mediante mis propios esfuer-

zos y los de la sabiduría humana, y no he encontrado nada. Sea cual sea la dirección tomada, siempre llego a un muro infranqueable.

1 ► Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900) fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán, considerado uno de los pensadores contemporáneos más influyentes del siglo XIX. Realizó una crítica exhaustiva de la cultura, la religión y la filosofía occidental, mediante la deconstrucción de los conceptos que las integran, basada en el análisis de las actitudes morales (positivas y negativas) hacia la vida. Meditó sobre las consecuencias del triunfo del secularismo de la ilustración, expresada en su observación "*Dios ha muerto*", de una manera que determinó la agenda de muchos de los intelectuales más célebres después de su muerte.

Una mirada hacia adelante

¿Seré más afortunado intentando averiguar mi futuro, mi destino? ¿Qué puedo saber con certeza observando lo que sucede a mi alrededor y preguntando a los demás? Un día, cercano o lejano, la muerte me llegará. Desapareceré del mundo. Sobre esta cuestión todos están de acuerdo; tarde o temprano, moriremos. Sin embargo las opiniones sobre la muerte también varían. Para unos es el fin de todo. En la muerte volvemos a la nada, de la que vinimos. Pero esta afirmación nos disgusta y no explica nada.

Si no podemos descubrir nuestro origen, ni nuestro destino, ¿cuál es la razón de ser de nuestra existencia, sin causa, sin rumbo, sin destino, sin esperanza? Entonces no somos más que animales. Nuestra existencia es como la de los animales, que viven, comen, beben, duermen, sufren y mueren. Si esto es así lo mejor para nosotros sería disfrutar de todo, buscar como satisfacer nuestros instintos, nuestros apetitos y nuestros deseos, olvidando en la medida de lo posible que un día todo acabará. Y, ¿por qué no elegir ese día mediante el suicidio, antes que pasemos por las humillaciones de la decrepitud o el largo sufrimiento de una enfermedad mortal?

Prefiero equivocarme creyendo en un Dios que no existe, que equivocarme no creyendo en un Dios que existe. Porque si después no hay nada, evidentemente nunca lo sabré, cuando me hunda en la nada eterna; pero si hay algo, si hay Alguien, tendré que dar cuenta de mi actitud de rechazo.

Blaise Pascal

¿Es cierto que todo acaba con la muerte?

Este es el angustioso problema que deja a todos los placeres un regusto amargo, puesto que muchos pretenden que todo comienza realmente con la muerte, que nuestra vida aquí nos da la posibilidad de conocer después de ella una existencia eterna, para bien o para mal. Apoyándose en el testimonio de Jesucristo en las Sagradas Escrituras y en la enseñanza de los apóstoles que Él eligió, los creyentes sostienen que hay otra vida más allá de la tumba.

Afirman que en el momento que el hombre expira, la parte invisible de su ser, su espíritu, vuelve al hogar no creado. Mientras la parte material, su cuerpo descompuesto en la tierra, vuelve al polvo, "*... y el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio*" (Eclesiastés 12:7).

¿Quién tiene razón? ¿A quién creer? Ya que todos los que nos hablan son mortales, de modo que sus palabras son palabras de moribundos.

No podemos burlarnos de unos ni de otros. Es evidente que si prestamos atención solamente a los hechos materiales y a las apariencias podemos sentirnos realmente turbados.

¡Bienvenido sea el dolor si es causa de arrepentimiento!

Friedrich Hegel

Una experiencia dolorosa

El amigo a quien amaba ha muerto. Ayer aun me hablaba, me sonreía, me escuchaba. Hoy reposa indiferente a todo. Le llamo, le suplico. Insensible, no me responde. Está allí, pero ya no está allí. Con todo, cuando me inclino sobre el mármol helado, noto algo. Algo sucede que me empuja a abandonarlo en manos extrañas que lo enterrarán en una profunda fosa. Y ahí se completará, lejos de las miradas, el repugnante trabajo de la corrupción.

En el cementerio, pedazos de hierba cubren ahora al que apreciaba. Lo vi morir, desaparecer para siempre de mi vista; sin embargo no deja de estar presente en mis pensamientos, aun oigo su voz, veo sus gestos, siento su mirada sobre mí... Pero todo está completamente acabado. Una visita a las antiguas tumbas me muestra en que se han convertido aquellos cuerpos: un fino polvo gris, algunos fragmentos de huesos secos. Y a pesar de todo lo que veo, a pesar de los hechos irrefutables, no puedo creer que un día dejaré de existir.

Si es cierto que los animales acaban así, yo, ser pensante, no puedo admitir tal fin y aniquilación de todo lo que amo. No, no es posible, todo no debe acabar en la tumba.

Desesperado, dejo de volverme hacia el exterior para interrogar a los vivos y a los muertos, y me interrogo a mí mismo. En el fondo, ¿qué soy?

Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza... Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó.

(Génesis 1:26-27)

¿Encontraré en mí mismo mi origen y mi destino?

"Pienso, luego existo". Tengo la impresión de vivir dentro de mi cuerpo. Mediante el pensamiento me evado, salgo de mis límites físicos. Mi cuerpo puede permanecer en este lugar, mientras que mi pensamiento me transporta a miles de kilómetros a un lugar totalmente diferente.

No estoy por lo tanto ligado exclusivamente a la materia. Tengo un cuerpo, pero no soy mi cuerpo. Veo a través de mis ojos, hablo mediante mi lengua, oigo por mis oídos, trabajo con mis manos, me desplazo con mis pies, pero no soy ni mis órganos ni mis miembros.

En el fondo la idea que habito en mi cuerpo no es tan ridícula. ¿No provocaría entonces la muerte la partida, suave o violenta, del ser que habita mi cuerpo? De esta forma este cuerpo, habitación abandonada, podría volver al polvo sin sufrir. Pero todo esto sigue siendo solamente una hipótesis.

¿Qué soy entonces? ¿Qué es ese ser que habita en mi cuerpo, ese "yo" animado por el soplo que hace vivir a toda criatura? A veces oigo una voz interior que aprueba o condena mis actos. Los hombres le llaman conciencia y pretenden a menudo haber hallado en ella una guía infalible.

Sin embargo compruebo diariamente que esta voz, lejos de ser una guía segura, sufre muy fácilmente la influencia del medio en el cual me desenvuelvo.

Hay momentos en los que me siento angustiado, fatigado, desanimado. Otras veces me invade un sentimiento de gran felicidad. Me siento lleno de una extraña mezcla de buenas y malas tendencias. Algunos días amo a mi prójimo, me siento atraído hacia ellos. En otras ocasiones los rehuyo y me sorprendo odiándolos. Anhele la armonía, pero no la encuentro ni a mi alrededor ni en mí.

Si abordo la esfera de mis pensamientos, después de haber examinado la de mis sentimientos, me asusto de la promiscuidad que reina en ella. Después de pensamientos elevados me asalta un enjambre de ideas sombrías. Descubro con pavor que soy capaz de pensar horrores y monstruosidades que me apartarían de la humanidad si aparecieran a la luz del día. En cuanto a mi voluntad la veo dividida, indecisa, incapaz de hacer el bien absoluto,

pero dispuesta a hacer el mal.

Realmente, sean las que sean las perfecciones de mi cuerpo soy una criatura miserable. No es cierto que tenga un buen "*fondo*". Sería más justo decir que a pesar de que a veces pueda tener un buen aspecto material debo recordar que la apariencia es engañosa. Cuanto más me analizo, más clamo "*¿Quién soy?*"

¿Tendrá la naturaleza una respuesta?

De nuevo abro mis ojos al mundo, no para interrogar a los hombres, sino a la naturaleza que permanece mientras el resto de los seres pasan. Para conseguir una respuesta utilizo todos mis sentidos. Todo lo que veo, lo que contemplan mis ojos, me llena de admiración. Desde el esplendor de la primavera hasta la abundancia del otoño, de la brizna de hierba a los pétalos delicados de la rosa tan finamente tallados, del mar tumultuoso a la silenciosa blancura de las soledades alpinas, todo expresa con júbilo la diversidad y la riqueza de la naturaleza.

Enmudecido, abrumado por tanta belleza, grandiosidad, sabiduría, quisiera adorar al Autor de tantas maravillas. Pero incluso si su presencia está por todas partes yo no la siento en absoluto. La naturaleza tiene una voz. Habla y la oigo. Mil sonidos llegan a mis oídos. El chapoteo y el estruendo de las olas. El estridente sonido del grillo, el zumbido de los insectos, el piar de los pájaros, el soplo de la brisa a través de los árboles del bosque, el murmullo de una fuente cristalina. Es el estallido del rayo, el retumbar del trueno, la potente voz de la tormenta. Sí, oigo una voz, oigo voces, oigo un ruido de pasos; pero a Aquel que se pasea por toda la tierra, Aquel que se expresa de tantas maneras, Él, el Ser de los seres, sigo sin verlo.

Dilato mi nariz. Aspiro el perfume que ha dejado por todas partes una presencia exquisita. Pruebo y saboreo los mejores productos de la tierra. Acaricio, toco los seres y las cosas buscando sentir, tocar, poseer el Ser infinito que se me escapa sin cesar. Aspiro el perfume de sus obras, pero mi alma tiene sed de Su presencia real. Alimento mi cuerpo de sus productos, pero mi ser tiene hambre de Él mismo. Quisiera atraparlo y mis manos no hacen más que rozar el borde de Sus caminos. La naturaleza me grita ¡no soy tu Dios! Y de repente, contemplándola de más cerca, tengo la certeza que no miente.

En medio de la belleza que ha contemplado mis ojos percibo manchas y sombras. Aquí la hierba está quemada por la sequía, allá las plantas están enfermas. En medio del concierto de los pájaros, de los retozos de todos los seres, oigo gritos de desamparo, las quejas del mundo animal. No huelo solamente suaves perfumes, también fétidas emanaciones irritan mi nariz.

Entre los frutos que encuentro por el suelo, los hay estropeados; los

gusanos hacen de ellos su morada y su alimento. En el lindero de los acogedores bosques hay plantas venenosas que son un peligro mortal. Cogiendo rosas mis dedos sufren el pinchazo de sus espinas. He de soportar las picaduras de los mosquitos, el veneno de las avispas. Después de las bellas estaciones he sufrido el frío, la niebla y la lluvia. A los paisajes vivificantes se suceden otros de muerte. Así que encuentro en la naturaleza la misma combinación que en mi corazón. Misterio a mi alrededor, misterio en mí. ¿Qué soy? ¿Dónde está Dios? ¿De dónde vengo? ¿Cuál es mi destino? Todas las preguntas quedan sin respuesta.

Finalmente, una oración

En el silencio, deseoso más que nunca de saber, miro hacia el cielo. Entonces elevo una oración. Puede ser mi primera oración verdadera, sincera, poderosa, una oración que es un grito que brota de mi corazón: *“¡Oh, Dios mío, si existes déjame conocerte! ¡Oh Dios, te busco, quiero verte, quiero tenerte! Dudo de mí mismo, dudo de los hombres, toma mi corazón. Necesito una revelación que venga de ti”*.

Pero, ¿qué he dicho? *“Necesito una revelación”*. Sí amigos, es bien cierto. Necesitamos una revelación. Mientras no la tengamos, vagaremos sin felicidad, sin certeza, sin paz, en las hipótesis humanas. Nos hace falta una revelación divina.

Pero, esperando recibirla, nosotros que hemos puesto todo nuestro empeño en interrogar sin éxito a los hombres y la naturaleza, que hemos buscado en vano la verdad, ¿por qué no hemos buscado conocer el libro que se presenta ante el mundo como la revelación de Dios a la humanidad? ¿Por qué rehusaremos leer la Biblia, conocer este libro en el que tantos hombres y mujeres han reconocido y confesado haber encontrado el camino de la paz y la vida, la respuesta a los angustiosos problemas que atormentaban sus almas?

Examinemos finalmente lo que la Biblia afirma sobre el hombre y su destino.

*Todo lo que soy lo debo a Jesucristo, que se me ha
revelado en su libro divino.*

David Livingstone

El testimonio de la Biblia

La Biblia no *“explica”* a Dios. Nos lo presenta como el origen de todas las cosas. El Ser no creado, que no tiene principio ni fin. Aquel que por medio de su Palabra hizo existir todas las cosas, no puede ser explicado en un laboratorio. Por medio de un benevolente propósito que Él formó en sí mismo, y tras el consejo de su voluntad, Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Le predestinó, en su amor, a ser su hijo por medio de Jesucristo, *“según el puro afecto de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia”* (Efesios 1:5b-6a). Y mediante esta explicación el apóstol Pablo nos muestra claramente que no podemos conocer a Dios, ni conocernos a nosotros mismos, fuera de Jesucristo. Es a Él a quien debemos acercarnos. Son sus enseñanzas las que debemos asimilar, si queremos saber lo cierto y verdadero sobre nuestro origen y nuestro destino.

Es contemplando su vida que podemos encontrar el *“verdadero hombre”*, y no examinándonos nosotros mismos. Aprendiendo a conocerle, a amarle, creyendo en Él y aceptando por fe su Palabra, seremos salvados, es decir llegaremos a la plenitud de Dios. Verdadero Dios y verdadero hombre, Jesucristo vino al mundo para revelarnos el corazón del Creador, el sentido de nuestra existencia y la grandeza del destino del hombre.

Cristo fue en la tierra lo que nosotros nunca fuimos. El hombre perfecto, dependiente en todo de Dios, encontrando su fuerza y gozo en la comunión con el Ser de los seres, al que llamaba su Padre. Tenía en sí mismo lo que nosotros no habíamos sabido asir: la vida imperecedera. Esta vida que era al principio la luz de los hombres. El nos la vino a manifestar, más aun a ofrecérnosla, para que, por medio de ella podamos llegar a nuestro verdadero destino: la gloria eterna.

Cristo reveló el amor de Dios, que no imputa a cada uno sus faltas, sino que se hace cargo de ellas, satisfaciendo en sí mismo las exigencias de su santidad y su justicia y ofreciendo a sus criaturas su gracia y su perdón.

Fue voluntariamente a la muerte, para librar al hombre de sus terrores para siempre; después, saliendo resucitado del sepulcro, hizo triunfar la vida y la inmortalidad en un nuevo cuerpo, glorioso y espiritual. Liberado de las leyes materiales, ascendió al cielo que se abrió para recibirlo y coronarlo de gloria y honor, ante la inefable presencia del Padre eterno.

Cuando Cristo es recibido como Salvador y aceptado como Señor, cuando su vida es saludada como la única vida digna para el hombre; cuando su muerte es entendida como el fin de nuestra propia vida, vida de pecado, de rebelión, de impotencia; cuando su resurrección es reconocida como el triunfo del Espíritu sobre la corrupción de la carne, entonces se rasga el velo que cubre el profundo sentido de las Escrituras. De la primera a la última página descubrimos la Palabra del Dios verdadero y su maravilloso plan para sus criaturas.

En una síntesis admirable, Pablo resume en su epístola a los Romanos todo el consejo de Dios para el hombre: *"Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también llamó; y a los que llamó, a éstos también justificó; y a los que justificó, a éstos también glorificó"* (Romanos 8:28-30).

La Biblia no nos habla de una evolución, sino de una creación. Hay que reconocer que nada hasta hoy, ningún hecho científico probado, ha contradicho la claras y sencillas afirmaciones bíblicas. El hombre no fue hecho para el mundo, sino que el mundo fue creado para el hombre para que lo domine y lo sujete bajo el control de Dios. Como un Padre con el corazón de una madre, Dios preparó ante todo la morada del primer hombre y todo lo necesario para el mantenimiento y el desarrollo armonioso de su hijo. Cuando las condiciones de vida de la tierra fueron adecuadas, Dios creó al hombre. Lo modeló con arcilla e insufló en su nariz un aliento de vida, y el hombre se convirtió en un alma viviente. Su cuerpo, la parte visible, surgió de la tierra, como todo lo creado antes que él.

Las moléculas que lo componen pueden perfectamente ser comunes a los de los animales. Pero la parte invisible de su ser, el alma y el espíritu, viene directamente de Dios.

Criatura libre, participante de la naturaleza divina, el hombre vio abrirse delante de él gloriosas perspectivas. Su caída, desgraciadamente, modificó las condiciones de su existencia. Alejado voluntariamente del plan divino, el hombre conoció las trágicas consecuencias de su pretensión de vivir sin someterse a Dios. En este camino encontró, y toda su descendencia después de él, las penas, el sufrimiento y la muerte.

Predestinado a la gloria eterna, el hombre faltó a su objetivo. Este es el pecado que priva de la gloria de Dios.

Sin embargo el propósito de Dios no podía ser reducido a la nada. El hombre no había sido creado para la perdición eterna. Y si su libre albedrío le llevó a la perdición, la gracia soberana de Dios quiso salvarlo a pesar de todo.

En Cristo, Dios vino a llamar a los pecadores. En Cristo vino a justificarlos y por Él quiere glorificarlos. Esta es la respuesta de la Biblia. Esta es la gloriosa revelación de Dios.

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.

(Juan 14:6)

Conclusión

Amigo, vuélvete al Evangelio. No tardes en reconocer que sólo Jesucristo da al hombre su grandeza y atractivo a la vida. Dios el Creador es también el Redentor. Dios el Juez soberano es también el Salvador.

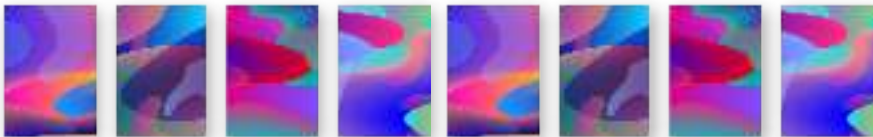
“Sabemos que somos de Dios, y el mundo entero está bajo el maligno. Pero sabemos que el Hijo de Dios ha venido, y nos ha dado entendimiento para conocer al que es verdadero; y estamos en el verdadero, en su Hijo Jesucristo. Éste es el verdadero Dios, y la vida eterna” (1 Juan 5:19-20).

Si su vida se convierte en la tuya, su gloria será tu destino.

La Iglesia y su destino
Primera edición: enero 2021

Libro 3

La Iglesia y su destino



La Iglesia no es la asamblea de los puros, sino el hospital de los pecadores.

G. K. Chesterton

Introducción

El tema presentado en este libro es extremadamente delicado y es necesario abordarlo de forma directa, si nuestro empeño es la edificación y no la confusión de nuestros lectores. Así que, después de tratar de conocer la verdad sobre el hombre y el mundo, ¿no sería consecuente continuar considerando la situación de la Iglesia?

Dado el estado actual del cristianismo, con las divisiones que lo desgarran y con los prejuicios que dominan, el camino a seguir para entrar en ese tema está plagado de peligros y dificultades. Sin embargo, nos gustaría avanzar con un juicio sereno, despojado de todo espíritu sectario, y hablar sobre esta gente, que está en el mundo sin ser del mundo, con un corazón amplio y generoso, pero también con fidelidad. Por ello, deberemos decir ciertas verdades que pueden chocar con vuestras ideas, pero, creedlo, no restan valor al respeto que queremos manifestar a todos los hombres. También nos gustaría hablaros con alegría, porque presentar el destino de la Iglesia es hablaros de la gran esperanza cristiana, de nuestra esperanza. Esta exposición tendrá también, por lo tanto, la fuerza y el valor de un testimonio.

Primero consideraremos qué es la Iglesia, luego examinaremos su desarrollo y su situación actual en el mundo, después de lo cual pasaremos a considerar su destino.

La iglesia sólo es iglesia cuando existe para los demás.

Dietrich Bonhoeffer

¿Qué es la Iglesia?

Si preguntamos a la gente tendremos las más variadas respuestas. Es tal la confusión en el ámbito religioso y tan profunda la ignorancia de las verdades bíblicas, que la mayoría solo tiene nociones muy incompletas, vagas o, muy a menudo, totalmente equivocadas sobre la Iglesia.

- En primer lugar encontramos aquellos para los que la Iglesia es un edificio: una catedral, un templo, una capilla; el lugar donde visitamos al buen Dios, le ofrecemos culto o escuchamos un sermón.

- Luego están aquellos que rechazan tal concepto, pero para quienes la única verdadera Iglesia de Cristo es la iglesia romana. ¿No es acaso la más antigua, la más unida y la más numerosa? Fuera de ella no se encuentran más que grupos de herejes, divididos los unos contra los otros. Así pues "fuera de Roma, no hay salvación", exclaman algunos, mientras que otros, mejor informados, admiten sin embargo, que las personas sinceras pueden ser parte del "alma de la Iglesia" aunque estén separadas del cuerpo organizado.

- Entre aquellos que hacen de su separación de la iglesia católica la piedra de toque de su lealtad, muchos solo ven la Iglesia en los miembros de su comunidad o grupo religioso, a las cuales pertenecen desde su nacimiento, por conversión u otras circunstancias.

La mayoría de las veces estos círculos defienden una doctrina particular. Su error, su herejía, no es necesariamente introducir elementos extrabíblicos en su enseñanza, sino aislar, apartar artificialmente de su contexto un elemento particular de verdad, que erigen como valor absoluto. Este particularismo y exclusivismo convierten inevitablemente a estos grupos en movimientos sectarios, de los que los dirigentes se convierten a menudo en verdaderos pequeños papas.

- Encontramos sin embargo personas con una visión más amplia. Algunos ven la Iglesia como el conjunto de los creyentes de todos los tiempos e identifican la iglesia (ekklesia) del Nuevo Testamento con la asamblea del desierto del antiguo pacto. La iglesia actual no sería más que la continuación de aquella.

- Otros piensan lo contrario, que la vocación de la Iglesia es totalmente diferente de la de Israel y que la Iglesia está formada por todos los que, después de Pentecostés, aceptaron el Evangelio y nacieron a una vida nueva, buscando ahora caminar en este mundo siguiendo el ejemplo de Cristo. Para ellos la Iglesia verdadera encontraría su expresión visible, en la tierra, en la reunión de los verdaderos creyentes, reunidos en el nombre de Jesús en un mismo lugar.

- También debemos mencionar a aquellos para quienes la Iglesia estaría compuesta de todos los bautizados, de todos aquellos que aceptan el cristianismo como una religión oficial, cualquiera que sea su credo y su posición frente a Cristo.

- Finalmente tendríamos a los que, haciendo gala de una amplitud de miras aun mayor, ven la Iglesia en la síntesis de todas las religiones, en la unión de todos los hombres de buena voluntad: hinduistas, musulmanes, judíos, católicos, ortodoxos, protestantes..., cuyo fin sería el rearme moral del mundo.

¿Dónde está la verdad?

Si el problema fuera de orden médico, consultaríamos libros de medicina. Si fuera de orden legal, consultaríamos libros de leyes. Pero ya que el problema es de índole religiosa y, esencialmente, cristiano, lo más normal es que consultemos la Biblia. Por lo tanto, conociendo nuestras fuentes, será fácil examinar y verificar si nuestras afirmaciones corresponden a la enseñanza de Cristo y sus apóstoles.

Al leer el Antiguo Testamento podemos ver que el mundo estaba dividido en dos grandes grupos diferentes:

- Por un lado las naciones, cuya regla de conducta era la razón humana y la conciencia, pueblos idólatras privados del conocimiento del verdadero Dios.

- Por otro lado Israel, el pueblo elegido por Dios, que caminaba entre las naciones a la luz de la revelación divina. Depositarios de la Ley del Dios único y todopoderoso, les resultaba muy difícil cumplirla y mantenerse a la altura sus privilegios.

Las primeras páginas del Nuevo Testamento nos presentan a los judíos, descendientes de Israel y a los romanos, representantes de las naciones, juntos en la tierra de Palestina. Hasta entonces enemigos, acuerdan crucificar a Jesucristo, el único que cumplió perfectamente la Ley de Dios; aquel que debería haber sido glorificado por ellos. Los judíos lo entregan a Pilato y este último, que debería haber protegido aquella vida inocente, violenta su conciencia y hace morir como un criminal al Hijo del Dios eterno. Desde entonces los judíos y las naciones paganas, reunidos en la cruz, son manifiestamente culpables del más abominable de los crímenes: juntos dieron muerte a Dios manifestado en Jesucristo.

Ya que ni el conocimiento de la ley divina, ni la voz de la conciencia pudieron impedir a los hombres seguir sus pasiones, solo quedaba una esperanza para los hombres perdidos, la gracia y la misericordia divinas. Gracia que Dios hizo proclamar por los discípulos del Cristo resucitado.

Así que, desde el libro de los Hechos de los apóstoles, vemos surgir un tercer grupo en el mundo. Está formado por los que aceptan la salvación en

Cristo Jesús y que, creyendo el Evangelio, se convierten al Señor. Son tomados de los dos primeros grupos mencionados y se convierten en un *"pueblo que lleva su nombre"* (Hechos 15:14)¹. Desde entonces el mundo está dividido en tres grupos que Pablo distingue claramente en su primera carta a los corintios: *"No seáis tropiezo ni a judíos, ni a gentiles, ni a la iglesia de Dios..."* (1 Corintios 10:32).

1 ► *"Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre"* (Hechos 15:14).

¿Qué sabemos de la Iglesia de Dios?

Es en el Evangelio de Mateo donde encontramos por primera vez la palabra iglesia, en griego *ekklesia*. Jesús se encuentra en la región de Cesarea de Filipo y acaba de hacer a sus discípulos una pregunta muy directa: "... vosotros, ¿quién decís que soy yo?". Simón Pedro le contesta sin dudar: "Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente". Jesús le declara a su vez: "Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos". La confesión que Pedro acababa de hacer no surgía de su mente. Habló por inspiración divina. Su testimonio acerca de Cristo es, por lo tanto, infalible. Entonces Jesús añade: "Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella" (Mateo 16:13-18)¹.

Jesús habla de su Iglesia como una realidad futura, diferente de Israel, edificada por Él mismo y que triunfaría sobre la muerte. Es inútil discutir el sentido de las palabras que Jesús dijo a Pedro, ya que cualquier exégeta serio reconoce que "Cristo es el fundamento irremplazable de la Iglesia".

Tras la resurrección de Cristo, Pedro proclamó con valor ante las autoridades de los judíos: "Este Jesús es la piedra reprobada por vosotros los edificadores, la cual ha venido a ser cabeza del ángulo" (Hechos 4:11). Más tarde, en su primera epístola, Pedro nos muestra que su sentimiento no había cambiado: "Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo" (1 Pedro 2:4-5).

Por tanto la Iglesia de Jesucristo es también la de Pedro, ya que él y los demás apóstoles son las primeras piedras vivas del edificio. Así que, ser parte de la Iglesia a la que pertenecía Pedro, no es nacer simplemente en el sistema que reclama su nombre, sino aceptar la confesión del apóstol; es compartir su fe en Cristo. Para saber qué es la Iglesia debemos conocer a Cristo, porque la Iglesia solo existe por Él y en Él. Allí donde se encuentre Cristo, está la Iglesia. Fuera de Él no hay Iglesia, solo comunidades, asociaciones, pero no la Iglesia que es su cuerpo, organismo vivo, no organización (Efesios 1:22)².

La Iglesia, en la mente de Dios, no es un simple rebaño de ovejas reunidas alrededor de un pastor, sino el cuerpo mismo de Jesucristo, siendo cada creyente uno de sus miembros (1 Corintios 12:27)³. Este cuerpo, formado de miembros unidos vitalmente a la cabeza gloriosa, no podía manifestarse más que después de la resurrección de Cristo. La muerte del Salvador hizo posible nuestra identificación con Cristo. En ella encontramos por fe el fin de nuestra propia vida y en la resurrección de Jesús el principio y el poder, que nos permiten caminar *"en novedad de vida"* (Romanos 6:4)⁴.

Fue en Pentecostés cuando los discípulos fueron bautizados en un solo Espíritu para formar un solo cuerpo, fueran judíos, griegos, esclavos o libres (1 Corintios 12:13⁵; Hechos 2:1-4⁶). Al enviar el Espíritu Santo a la tierra, el Hijo del Dios viviente cumplió la promesa hecha a Pedro y fundó su Iglesia. A través del apóstol, el Evangelio fue anunciado con poder, y el reino de Dios fue abierto a multitud de almas, primero en Jerusalén y después en Cesarea.

Primero entre los judíos y luego entre los paganos, Pedro vio el cumplimiento esta otra promesa del Maestro: *"Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos..."* (Mateo 16:19a). Es, por lo tanto, a través de la predicación del Evangelio que *"el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos"* (Hechos 2:47). Aceptando a Jesucristo, no se convertían en miembros de una organización sino de un organismo vivo, encontrándose unidos los unos a los otros por el bautismo del Espíritu Santo. Su unidad era *"la unidad del Espíritu"*, que no tenían que crear sino *"mantener por el vínculo de la paz"* (Efesios 4:3)⁷.

En cuanto a su misión, la Iglesia no tenía que cristianizar el mundo, sino evangelizarlo. Dios eligió así *"de entre las naciones a un pueblo que llevara su nombre"* (Hechos 15:14)⁸. Su misión no era instalarse en la tierra, sino servir al Dios verdadero y, esperando el retorno de Cristo, su sola y bienaventurada esperanza, aceptar el sufrimiento por su Maestro durante el tiempo de su ausencia. Pero si la Iglesia es hoy humillada en el mundo, su destino es reinar con Cristo y ser semejante a Él.

1 ► *"Viniendo Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella"* (Mateo 16:13-18).

2 ▶ *"... y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia" (Efesios 1:22).*

3 ▶ *"Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular" (1 Corintios 12:27).*

4 ▶ *"Porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva" (Romanos 6:4).*

5 ▶ *"Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu" (1 Corintios 12:13).*

6 ▶ *"Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplaba, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen" (Hechos 2:1-4).*

7 ▶ *"... solícitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz" (Efesios 4:3).*

8 ▶ *"Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre" (Hechos 15:14).*

El hecho de que nuestro corazón anhele algo que la tierra no puede proveer es la prueba de que el cielo debe ser nuestro hogar.

C.S. Lewis

¿Cómo definir la Iglesia hoy?

La lectura del Nuevo Testamento nos permite comprobar que la Iglesia es considerada bajo diferentes aspectos:

- En su relación con Dios es la familia del Padre celestial, el pueblo de Dios, compuesto por todos aquellos que han recibido a Cristo y que así se convierten en hijos de Dios. Los hijos de un mismo Padre son, entonces, hermanos los unos de los otros. Uno forma parte de esta familia por el nuevo nacimiento (Efesios 3:14-15¹; 1 Pedro 2:10²).

- En su relación con el Hijo, es el cuerpo de Cristo. Él, cabeza de la Iglesia, está en la gloria. Pero todos los que son unidos a Él por medio de la fe, son los miembros de su cuerpo. Como el cuerpo no puede estar sin la cabeza, ni la cabeza sin el cuerpo, la totalidad de Cristo es Jesús y la Iglesia.

Tocar uno de sus miembros aquí en la tierra es tocar la cabeza que está en el cielo. Ligados de esta forma a Cristo, dependiendo directamente de Él, los creyentes están ligados igualmente los unos a los otros, de tal manera que si un miembro sufre, los demás sufren con él; si un miembro es honrado, los demás se alegran con él (1 Corintios 12:12, 27³, Efesios 1:22-23⁴, Colosenses 1:18⁵).

- En su relación con el Espíritu Santo la Iglesia es un templo espiritual. Cristo es la piedra angular, los apóstoles, las piedras fundamentales y cada alma rescatada del mundo por el Evangelio se convierte en una piedra viviente. Este edificio espiritual, aunque construido en este mundo, es totalmente distinto de él. Cuando se coloque la última piedra, cuando el último de los elegidos se manifieste, entonces la Iglesia estará completa y Cristo cumplirá lo que prometió (Efesios 2:19-22⁶, 1 Corintios 3:16-17⁷).

- En su relación con el mundo, la Iglesia es la casa de Dios, *"columna y baluarte de la verdad"*. Los que componen esta casa deberán tener una línea de conducta muy precisa y no se conformarán *"al presente siglo"*, sino que darán testimonio de la verdad, demostrando que son extranjeros aquí en la tierra, ciudadanos del cielo y pueblo de la casa de Dios (1 Timoteo 3:14-15)⁸.

• Finalmente, considerada en su caminar en la tierra y en su espera, la Iglesia es la esposa de Cristo que, como una novia, se prepara para el día de la boda y se alegra de ser totalmente de su amado (Efesios 5:25b⁹, Apocalipsis 19:7-8¹⁰, 2 Corintios 11:2¹¹).

1 ▶ *"Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra"* (Efesios 3:14-15).

2 ▶ *"... vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habiais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia"* (1 Pedro 2:10).

3 ▶ *"Porque así como el cuerpo es uno, y tiene muchos miembros, pero todos los miembros del cuerpo, siendo muchos, son un solo cuerpo, así también Cristo... Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular"* (1 Corintios 12:12, 27).

4 ▶ *"... y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo"* (Efesios 1:22-23).

5 ▶ *"... y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia"* (Colosenses 1:18).

6 ▶ *"Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios, edificados sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo, en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu."* (Efesios 2:19-22).

7 ▶ *"¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros? Si alguno destruyere el templo de Dios, Dios le destruirá a él; porque el templo de Dios, el cual sois vosotros, santo es"* (1 Corintios 3:16-17).

8 ▶ *"Esto te escribo, aunque tengo la esperanza de ir pronto a verte, para que si tardo, sepas cómo debes conducirte en la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad" (1 Timoteo 3:14-15).*

9 ▶ *"... así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella..." (Efesios 5:25b).*

10 ▶ *"Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos" (Apocalipsis 19:7-8).*

11 ▶ *"... pues os he desposado con un solo esposo, para presentaros como una virgen pura a Cristo" (2 Corintios 11:2).*

Cuidado con el pensamiento pragmático. La iglesia es obra de Cristo y no debemos acomodarla a nuestros modelos.

José de Segovia

¿Cuál ha sido el desarrollo de la Iglesia y cuál es su situación actual en el mundo?

No es posible dar un curso de historia de la Iglesia en pocas palabras. Nos limitaremos a presentar unas breves observaciones que vosotros mismos podéis comprobar a la luz de la Biblia y de la historia.

A partir de Pentecostés los apóstoles cumplieron fielmente su misión. Se formaron comunidades vivientes en las que reinaba el amor de Cristo. Aquellos que aceptaban el Evangelio, se arrepentían, confesaban sus pecados y eran bautizados en el nombre de Jesucristo. Sin apoyo humano, pero revestidos de poder y dones sobrenaturales, los primeros cristianos tenían todo en común y se recibían los unos a los otros como Cristo los había recibido a ellos. Perseguidos por los judíos y los paganos, lo soportaron todo, lo esperaban todo. Tomando al pie de la letra la enseñanza de Cristo, defendían su causa, no con armas materiales sino espirituales, persuadidos de que el derramamiento de su sangre haría fructificar el Evangelio. Eran verdaderamente los discípulos del crucificado y encontraron su gozo en ser estimados dignos de compartir su destino.

Pero los cristianos no siempre fueron perseguidos. Cuando en el año 312 el emperador Constantino¹ hizo profesión de convertirse, el cristianismo, que acababa de ser terriblemente perseguido por Diocleciano² y Galerio³, se convirtió de repente en la religión del estado. Desde entonces, la Iglesia, pudiendo apoyarse en el brazo seglar, vio poco a poco apartarse de ella el brazo de Dios. Desaparecieron sus dones sobrenaturales y, a medida que su poder temporal aumentaba, paralelamente disminuía su poder espiritual. Poco a poco la Iglesia oficial perdió de vista su vocación celestial y su verdadera misión en la tierra; se organizó como un poder temporal, reinó sobre reyes y reinos, sentada en un trono donde Cristo solo había tenido una cruz. Habiéndose convertido en romana, la iglesia católica y apostólica se alejó gradualmente de la vida de Jesús y de la enseñanza de los apóstoles. La sencillez de Cristo y la pobreza de los suyos fueron reemplazadas por el fasto, la pompa y la riqueza de un mundo corrupto que, bajo el nombre de cristiano, vive en la injusticia, egoísmo, orgullo e inmoralidad.

La conversión de Constantino no cambió el mundo pero, desgraciadamente, cambió la vida de la Iglesia. Ya conocéis lo que sigue. La infidelidad

del pueblo de Dios condujo al cisma y las divisiones. La historia de Israel se repitió en la Iglesia. Cuando se levantaron voces para reclamar una reforma de la Iglesia, no fueron escuchadas. Excomulgados, perseguidos por aquellos que debían ser *"columna y baluarte de la verdad"*, estos creyentes, que regresaron al Evangelio original, se organizaron; sus comunidades no pretendieron ser una nueva iglesia, sino la expresión de la verdadera, tal como Jesús había dicho: *"Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"* (Mateo 18:20).

Para ellos, la Iglesia oficial, que los persiguió utilizando los mismos medios que los paganos de épocas anteriores, se transformó a sus ojos en infiel y mundana, traicionando los mandamientos de Cristo, más preocupada en mantener su poder, su tren de vida y su gloria, que en servir a Jesús a través de la gente. Lamentablemente en las comunidades surgidas de la Reforma, bien pronto el mal hizo su aparición. Abandonando su sumisión total a las Escrituras, muchos se hundieron en el liberalismo y el racionalismo. Después del gran cisma vino la dispersión de los cristianos en nuevos grupos disidentes, más o menos fieles a la Palabra de Dios.

1 ► Flavio Valerio Aurelio Constantino fue emperador de los romanos desde el año 306, y gobernó un imperio romano en constante crecimiento hasta su muerte el año 337. Se le conoce también como Constantino I o Constantino el Grande. Fue el primer emperador en detener la persecución de los cristianos y dar libertad de culto al cristianismo, junto con todas las demás religiones en el Imperio Romano, con el Edicto de Milán el año 313.

2 ► Cayo Aurelio Valerio Diocleciano Augusto (244-311) fue emperador de Roma desde el año 284 hasta el 305.

3 ► Cayo Galerio Valerio Maximiano fue emperador de Roma desde el año 305 hasta el 311. Formó parte de la tetrarquía instaurada por el emperador Diocleciano, primero como César y luego como Augusto.

¿Dónde encontrar la Iglesia de Cristo hoy?

Aquí se impone una observación. Por sus infidelidades, la Iglesia ha perdido su unidad. Las almas que afirman ser de Cristo, siguen el rito ortodoxo o el rito romano; otras una forma de culto resultante del protestantismo. No hay ninguna iglesia que posea unidad frente a las otras iglesias divididas. Hay una iglesia que ha perdido su unidad visible y cuyos miembros están dispersados aquí y allá en diversos grupos religiosos católicos, ortodoxos o protestantes.

En esta confusión y la mezcla de verdaderos y falsos cristianos, que se encuentra en todas las iglesias y comunidades, *"conoce el Señor a los que son suyos"*. Estas palabras de Pablo nos tranquilizan. Dios ve los suyos en todas partes y no olvida a ninguno. Sin embargo, para que sepamos como andar en este mundo, las Escrituras agregan: *"Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo"* (2 Timoteo 2:19).

Así, en estos días difíciles, tenemos delante nuestro un camino trazado y compañeros con los que seguirlo. Como a Timoteo, Pablo nos exhorta a seguir *"la justicia, la fe, el amor y la paz, con los que de corazón limpio invocan al Señor"* (2 Timoteo 2:22). La promesa de Jesús todavía se cumple: *"donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos"*.

Según esta enseñanza del Maestro, la noción cristiana de iglesia, no reside, por lo tanto, ni en multitud de personas ni en ninguna institución. Dos o tres creyentes unidos en oración son Iglesia, a la cual pertenecen todos los privilegios de la Iglesia en su totalidad. En este mundo, ocupado por Satán, podrá reanudarse la persecución, podrán ser cerrados los edificios religiosos, pero la Iglesia subsistirá en la clandestinidad y los dos o tres cristianos auténticos que se reúnan en un sótano, una granja o en cuevas en las montañas, para invocar el nombre del Señor, serán siempre, a través de su testimonio, una expresión visible de la Iglesia invisible.

Como Pedro en el monte de la transfiguración, los cristianos pensamos a veces que es necesario preparar lugares especiales y apartados de los demás. Pero Dios no tiene nada que ver con nuestros grupos particulares, en los que vivimos sin contacto con nuestros hermanos. Bajo la misma nube gloriosa Él sigue reuniendo en unidad y en amor a todos aquellos que ya

no pretenden formar parte de una tradición o del nombre de un hombre, por piadoso que sea, sino que no ven en medio de ellos más que a Jesús solamente, y no oyen otra voz que la del Padre que dice: *“Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd”* (Mateo 17:1-5)¹.

Allí donde aún resuena esa voz, donde el Hijo es escuchado, vive y, de nuevo, da testimonio la Iglesia mientras espera el regreso de su cabeza, aquel que hará visible su unidad, reuniendo en las nubes a todos aquellos que, en todo lugar y tiempo, han recibido su Palabra y manifiestan su naturaleza. Entonces la cabeza y el cuerpo se verán por primera vez en su gloriosa unidad.

1 ► *“Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transigó delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz. Y he aquí les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. Entonces Pedro dijo a Jesús: Señor, bueno es para nosotros que estemos aquí; si quieres, hagamos aquí tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Mientras él aún hablaba, una nube de luz los cubrió; y he aquí una voz desde la nube, que decía: Éste es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd.”* (Mateo 17:1-5).

¿Cuál es el destino de la Iglesia verdadera?

Aquel que lea la Biblia con atención no se sorprenderá del estado actual de la cristiandad. Lejos de dejarse vencer, por la angustiada situación del mundo religioso, no se deja desanimar; aprovecha el poco tiempo que le queda para dar testimonio a todos los hombres del amor de Jesús, del único *"nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podemos ser salvos"* (Hechos 4:12). En las Escrituras descubre que esta corrupción del cristianismo, constatada hoy en el mundo, ya había sido prevista y anunciada por Jesús y sus apóstoles.

Este lector de la Biblia se da cuenta de que la desintegración, la desunión, el escándalo, la impotencia, ya estaban germinando en las comunidades primitivas. Solo la poderosa acción del Espíritu Santo impidió que se desarrollasen velozmente. Por desgracia, cuando desaparecieron los apóstoles y cesó la persecución, la Iglesia confesante perdió de vista su vocación celestial y se asoció al mundo. Apareció la profesión de fe cristiana sin vida real. Las apariencias, las formas de la piedad fueron conservadas, pero lo que era realmente su fuerza fue abandonado (1 Timoteo 6:3-5)¹. Un estudio objetivo de las parábolas de Jesús nos hará reconocer que Cristo ya anunció este cambio, que se produciría durante el período en que Él estuviera ausente y sus siervos trabajando para el establecimiento del Reino de Dios.

Parábola del sembrador

"Aquel día salió Jesús de la casa y se sentó junto al mar. Y se le juntó mucha gente; y entrando él en la barca, se sentó, y toda la gente estaba en la playa. Y les habló muchas cosas por parábolas, diciendo: He aquí, el sembrador salió a sembrar. Y mientras sembraba, parte de la semilla cayó junto al camino; y vinieron las aves y la comieron. Parte cayó en pedregales, donde no había mucha tierra; y brotó pronto, porque no tenía profundidad de tierra; pero salido el sol, se quemó; y porque no tenía raíz, se secó. Y parte cayó entre espinos; y los espinos crecieron, y la ahogaron. Pero parte cayó en buena tierra, y dio fruto, cuál a ciento, cuál a sesenta, y cuál a treinta por uno. El que tiene oídos para oír, oiga" (Mateo 13:1-9).

Jesús muestra claramente que el mundo entero no se convertirá por la

predicación del Evangelio. De los cuatro tipos de tierra que recibieron la semilla, solo uno produjo fruto.

Parábola del trigo y la cizaña

“Les refirió otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? Él les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero” (Mateo 13:24-30).

Jesús prevé la mezcla de cristianos verdaderos y falsos, y enseña que los discípulos no deben arrancar la cizaña, para que no desarraiguen el trigo al mismo tiempo. Este trabajo de separación será realizado por los ángeles en la época de la cosecha.

Parábola de la semilla de mostaza

“Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas” (Mateo 13:31-32).

La planta de mostaza se convierte en un árbol, en cuyas ramas vienen a habitar los pájaros. Cristo predice el extraordinario progreso del cristianismo. Al principio, como una planta débil, fue despreciado; se fortaleció con su verdadero poder, un poder celestial; fue odiado y perseguido y, sin embargo, nada pudo impedirle crecer y fortalecerse, por lo que el mundo quiso aliarse con él. El árbol de la Iglesia se convirtió entonces en un cómodo refugio para aves inmundas y odiosas. En el mismo seno del gran árbol encontraron lugar toda clase de doctrinas y personajes, donde desarrollaron sus malvadas intenciones.

Parábola de la levadura

“Otra parábola les dijo: El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer, y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo fue leudado” (Mateo 13:33).

Esta parábola nos da la misma enseñanza. La levadura nunca representa el Evangelio en las Escrituras, sino siempre algo malo. Hoy, la cristiandad está en su apogeo. La masa ha subido por completo, pero la multitud ya no quiere comer de este pan².

Parábola de la red

“Asimismo el reino de los cielos es semejante a una red, que echada en el mar, recoge de toda clase de peces; y una vez llena, la sacan a la orilla; y sentados, recogen lo bueno en cestas, y lo malo echan fuera. Así será al fin del siglo: saldrán los ángeles, y apartarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el lloro y el crujiir de dientes” (Mateo 13:47-50).

Jesús nos muestra una red echada al mar que recoge peces de todas las especies, buenos y malos, cuya separación no tendrá lugar hasta la consumación de los siglos. Seguimos encontrando en esta parábola la mezcla que caracteriza a la cristiandad.

Parábola de las diez vírgenes

“Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo. Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas. Las insensatas, tomando sus lámparas, no tomaron consigo aceite; mas las prudentes tomaron aceite en sus vasijas, juntamente con sus lámparas. Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Y a la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle! Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite; porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo,

dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir” (Mateo 25:1-13)

Finalmente si consideramos esta parábola estamos convencidos de que Jesús no quiso dejar que los suyos ignoraran la dolorosa historia de quienes reclaman su nombre sin tener su vida.

Como hemos podido comprobar, las profecías de Jesús se cumplieron rápidamente. Los apóstoles ya denunciaron enérgicamente el mal que actuaba dentro de las primeras comunidades cristianas. El apóstol Pablo, escribiendo a los tesalonicenses, les advirtió: *“Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad...”* (2 Tesalonicenses 3:7a), misterio que terminará al final de los tiempos con el Anticristo y la apostasía de la cristiandad. Finalmente el apóstol Juan, en el libro de Apocalipsis, nos presenta dos cuadros extraordinarios, dos mujeres, que son dos ciudades.

La primera es la novia fiel, la esposa del Cordero, del Rey de reyes. En la tierra, ella se levanta del desierto, apoyada en su Amado invisible, cansada, quizás agotada, pero siempre fiel. Es la Iglesia de Dios comprada por la sangre de Cristo, es la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén, vista desde los cielos como una estrella de cristal puro y transparente. Los que forman parte de ella son los nacidos de Dios. Su destino es ser llevados hasta Él para reinar para siempre con su Esposo. Esta es su bendita esperanza. Negándose a asociarse con el mundo, la Iglesia trabaja en el mundo, pero no es del mundo. Por tanto, debe compartir el desprecio y el olvido en que se tiene a su glorioso Señor. Sin embargo, esta ciudad encuentra su expresión aquí abajo en aquellos para los cuales Cristo, el Cordero divino, se convierte en su Señor.

La otra mujer se nos presenta bajo la apariencia de una prostituta vestida de púrpura y escarlata, y sentada sobre una bestia monstruosa. Sobre la frente de la mujer está escrito: *“Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra”* (Apocalipsis 17:5). Es la ciudad terrestre, la falsa iglesia, cuya existencia empezó en los tiempos apostólicos y que tendrá su apogeo en el fin de los tiempos. Es el cristianismo corrompido, asociado al mundo, este sistema representado por la bestia. Comprometido con ella, su fin es ser pisoteado y quemado.

1 ► *“Si alguno enseña otra cosa, y no se conforma a las sanas palabras de nuestro Señor Jesucristo, y a la doctrina que es conforme a la piedad, está envanecido, nada sabe, y delira acerca de cuestiones y contiendas de palabras, de las cuales nacen envidias, pleitos, blasfemias, malas sospechas, disputas necias de hombres corruptos de entendimiento*

y privados de la verdad, que toman la piedad como fuente de ganancia; apártate de los tales.” (1 Timoteo 6:3-5).

2 ► Efectivamente la levadura es más sugerente de pecado que de gracia. Jesús la utilizó como algo negativo, como en el pasaje donde les dice a sus discípulos: *“Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”* (Mateo 16:6); refiriéndose a las enseñanzas legalistas que poco a poco se podían infiltrar y esparcirse entre todos sus seguidores. Sin embargo, en esta parábola parece que la utiliza como algo positivo. La predicación del Evangelio obra como levadura en el corazón de los que lo reciben. La levadura obra ciertamente, así lo hace la Palabra, pero gradualmente. Obra silenciosamente y sin ser vista, pero sin fallar. Los apóstoles, predicando el Evangelio, escondieron un puñado de levadura en la gran masa de la humanidad.

Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a Él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.

(Efesios 4:20-21)

Conclusión

Amigo, ¿eres una piedra de Jerusalén o de Babilonia? Vuelve al Evangelio y muy pronto comprenderás que todo lo que pertenece a Cristo es parte del primer símbolo, de la verdadera Iglesia universal, de la Jerusalén celestial, de la que es segura la esperanza gloriosa.

También comprenderás que todo lo que pertenece a Cristo solo de nombre y por lo tanto falsamente, pertenece en realidad a Babilonia, cuya esperanza de reinar sobre el mundo es vana.

Entonces, con todos los que se humillan, se preparan y se santifican en todo lugar, en la comunión del Espíritu y la Esposa, dirán con fuerza:

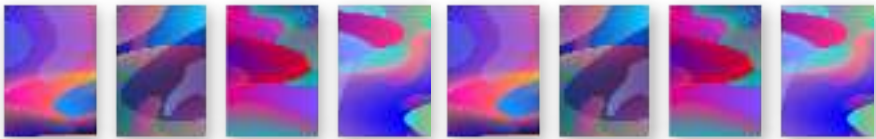
¡Amén, ven Señor Jesús!

Israel y su destino

Primera edición: marzo 2022

Libro 4

Israel y su destino



... levántate y pasa este Jordán, tú y todo este pueblo, a la tierra que yo les doy a los hijos de Israel.

(Josué 1:2b)

Introducción

15 de mayo de 1948

En un mundo decadente, a la hora del atardecer, acababa de nacer un nuevo estado¹. A pesar de los obstáculos, judíos de todos los países encontraron su existencia como nación en la tierra de sus antepasados.

Desde entonces, sobre las montañas de Judea, extraordinario monumento a los muertos, seis millones de pinos plantados en memoria de los judíos exterminados durante la guerra², dan testimonio de que toda nueva vida surge de la muerte. El Israel resucitado no ha escapado a la ley del grano de trigo.

1 ► El 29 de noviembre de 1947 la Asamblea General de las Naciones Unidas, reunida en Nueva York, aprobó la Resolución 181, la cual recomendaba un plan para resolver el conflicto entre judíos y árabes en la región de Palestina, que se encontraba en esos momentos bajo administración británica. El plan de la ONU proponía dividir la parte occidental del Mandato en dos Estados, uno judío y otro árabe-palestino, con un área, que incluía Jerusalén y Belén, bajo control internacional. El rechazo del gobierno británico a llevar a cabo este plan, junto con la negativa de los países árabes de la región a aceptarlo, tuvo como consecuencia una guerra civil en el territorio del Mandato de Palestina que estalló al día siguiente de la votación del Plan, seguida de la guerra árabe-israelí de 1948. **Finalmente el 15 de mayo de 1948 se fundó el estado independiente de Israel.**

2 ► Se refiere a la Segunda Guerra Mundial y al holocausto nazi.

Israel, siervo mío eres; tú, Jacob, a quien yo escogí, descendencia de Abraham mi amigo. Porque te tomé de los confines de la tierra, y de tierras lejanas te llamé, y te dije: Mi siervo eres tú; te escogí, y no te deseché.

(Isaías 41:8-9)

El propósito inmutable de Dios

En un momento en que los ojos del mundo entero se dirigen al próximo Oriente¹, en días en que muchos se preguntan ansiosamente sobre el futuro del estado más joven, pero también el más científico y el más racional del mundo, pensamos que sería útil indagar sobre el propósito inmutable de Dios para Israel.

No intentaremos presentar una imagen de la situación actual de Israel, en medio de naciones divididas por intereses opuestos; ni calcular las posibilidades de éxito, o los problemas que esperan a este pequeño país en el futuro. Si sabemos que los israelíes tienen la firme voluntad de custodiar y defender con las armas lo que consideran su legítima posesión, este árido suelo que a costa de increíbles esfuerzos y sacrificios han transformado en un país fértil, también somos conscientes de que naciones poderosas, animadas por un odio ancestral contra este pueblo, han jurado su destrucción y harán todo lo posible para aplastar a Israel y borrar a esta nación de la faz de la tierra. Cualquier persona objetiva comprenderá fácilmente que, a los ojos de sus vecinos árabes, Israel es tanto un peligro como una tentación. ¿Quién triunfará?

"Muchos pensamientos hay en el corazón del hombre; mas el consejo de Jehová permanecerá", dice el autor de Proverbios (Proverbios 19:21). Por eso creemos que es importante conocer el pensamiento de Dios hacia este pueblo, porque, a pesar de los planes y los designios de los hombres, a pesar de sus amenazas o su apoyo, solo se cumplirá la voluntad de Dios.

1 ► Este libro se escribió en la década de los años setenta del siglo XX, cuando el conflicto árabe-israelí estaba en pleno apogeo. Actualmente, aunque el conflicto sigue en pie, la situación no es tan alarmante como en los años posteriores a la llamada guerra de los seis días (año 1967).

Y la luz de Israel será por fuego, y su Santo por llama, que abraze y consuma en un día sus cardos y sus espinos.

(Isaías 10:17)

Solo la Biblia muestra el pasado y futuro de Israel

La presencia de Israel en el mundo es un testimonio poderoso de la existencia de un Dios vivo y personal, cuya voluntad para dicho pueblo se revela claramente en la Biblia. Además, quien quiera entender algo sobre la historia de esta nación no puede ignorar las Escrituras.

Sin la Biblia, uno no puede comprender el por qué de las terribles pruebas del pueblo judío, ni prever cuales son las sombras y las luces de su futuro. Como la historia de este pueblo afecta a todos los hombres, es incomprendible que cualquiera que se precie de inteligente y que diga creer en Dios no esté interesado en el futuro de Israel; asimismo, es inconcebible que un cristiano genuino pueda ser antisemita.

Pero, ¿quién conoce la Biblia hoy? ¿A quién le importan realmente sus afirmaciones? No ignoramos que se está produciendo un avivamiento bíblico manifestado en los últimos años en muchos círculos, pero hay que reconocer que, aparte de cierta élite intelectual, el interés por la Palabra de Dios aún no ha llegado a las masas populares.

Por otro lado, entre los que leen las Sagradas Escrituras, muchos cometen el error de algunos comentaristas bíblicos; confunden la vocación de Israel con la de la Iglesia y sin distinguir las diferentes dispensaciones de Dios, aplican en todo momento a la Iglesia lo que concierne a Israel.

Ciertamente, siempre está permitido extraer una lección moral y espiritual de cualquier texto de las Escrituras, pero no obstante tiene un significado literal y profético que afecta directamente a Israel, el pueblo terrenal de Dios.

Para prever con alguna certeza el futuro de Israel, es necesario conocer su pasado y saber qué lugar ha ocupado siempre en el pensamiento de Dios. Al exponer los datos bíblicos sobre el hombre, el mundo y la Iglesia, ya tuvimos la oportunidad de enfatizar que Dios siempre actúa de acuerdo con un plan y no deja nada al azar. Por lo tanto, si deja al hombre la posibilidad de seguir sus propios caminos y si permite que las circunstancias den a veces la impresión de desmentir su Palabra, nada puede, en última instancia, impedir que Dios cumpla lo que Él ha determinado para sus criaturas.

Jehová había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré; y serán benditas en ti todas las familias de la tierra.

(Génesis 12:1-3)

El llamamiento de Dios a Abraham

La historia profética de Israel está tan entrelazada con sus registros en el pasado que no podemos estudiar adecuadamente el tema de su restauración sin dar un rápido vistazo a su origen y lo que le sucedió en el pasado.

Una creciente oscuridad cubrió la tierra y envolvió a los pueblos. La luz divina de la razón y la conciencia había disminuido gradualmente en la humanidad. Abandonando la adoración del Dios verdadero, los hombres se entregaron a la idolatría. Fue entonces cuando el Dios de gloria se apareció a Abraham y le dijo: *"Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré. Y haré de ti una nación grande, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y serás bendición"* (Génesis 12:1-2).

Mediante este llamamiento, Abraham fue separado de los paganos para convertirse en depositario de las promesas del Señor y testigo de sus derechos y su dignidad. Abraham, a su vez, iba a inculcar los mandamientos de Dios en sus descendientes, de los que el Señor quería hacer una nación santa, su pueblo particular, del cual, cuando se cumpliera el tiempo, vendría el Salvador del mundo.

Las promesas hechas a Abraham fueron incondicionales. Implicaban, sin duda, mucho más que la posesión de la tierra de Canaán, pero sin embargo es obvio que incluían esta posesión de la manera más explícita. Dios también le dijo: *"A tu descendencia daré esta tierra"* (Génesis 12:7). Y añadió: *"Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia para siempre. Y haré tu descendencia como el polvo de la tierra; que si alguno puede contar el polvo de la tierra, también tu descendencia será contada. Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré"* (Génesis 13:14-17).

Además, el Señor advierte a Abraham que esta posesión de la tierra no sería inmediata: *"Entonces Jehová dijo a Abram: Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Mas también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza"* (Génesis 15:13-14). La tierra es dada a Abraham mediante un pacto, y sus límites son descritos con exactitud: *"desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates..."*

(Génesis 15:18-21). La promesa relativa a la tierra fue confirmada a Isaac y luego repetida a Jacob.

Sabemos que las promesas hechas a los patriarcas se cumplieron al pie de la letra; cómo Dios se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob y, en el tiempo señalado, sacó a Israel de la tierra de Egipto. Dios miró a los hijos de Israel y tuvo compasión de ellos: *“Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios”* (Éxodo 2:24-25).

Igualmente Dios volverá a recordar el mismo pacto, para el mismo pueblo, en medio de las tribulaciones mucho mayores que aún le aguardan. Fue por pura bondad, y según el principio de este pacto incondicional, hecho con sus padres, que Dios liberó a los israelitas y los sacó de Egipto.

Moisés, los profetas y el pacto de la ley

El retrato que Moisés y los profetas nos hacen de este pueblo no es brillante: *“vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos”* (Deuteronomio 7:7) dice Moisés, e Isaías añade que eran *“un pueblo rebelde y contradictor”* (Romanos 10:21 citando Isaías 65:2).

Por lo tanto, si Dios actuó a favor de Israel, fue solo por causa de su nombre y no en virtud de los méritos de ese pueblo. Lleno de gracia, soportó su rebelión y sus murmuraciones al pie del Sinaí. Allí, por orden de Dios, Moisés les propuso ser puestos bajo una ley y no tener más derecho a las bendiciones prometidas excepto bajo la condición de la obediencia. Inmediatamente estuvieron de acuerdo, diciendo enérgicamente: *“Todo lo que Jehová ha dicho, haremos”* (Éxodo 19:8; ver también Éxodo 24:3-7).

Fue, por lo tanto, voluntariamente que este pueblo se puso bajo el pacto de la ley. A partir de entonces, la vida y la muerte, la bendición y la maldición fueron puestas delante de Israel.

El capítulo veintiocho de Deuteronomio nos explica claramente los términos de este pacto que los sometió a la ley:

- En caso de obediencia, se les asegura la posesión perpetua de la tierra, acompañada de diversas bendiciones temporales.
- En caso de desobediencia y rebelión perseverante, se les amenaza con todo tipo de castigos, que se harán cada vez más severos y se prolongarán hasta su erradicación de la tierra prometida.

La lectura de este apasionante capítulo nos convencerá de que todo se ha hecho realidad. Algunos textos describen con precisión lo que desafortunadamente experimentó el pueblo judío esparcido entre las naciones: *“Y ni aun entre estas naciones descansarás, ni la planta de tu pie tendrá reposo; pues allí te dará Jehová corazón temeroso, y desfallecimiento de ojos, y tristeza de alma; y tendrás tu vida como algo que pende delante de ti, y estarás temeroso de noche y de día, y no tendrás seguridad de tu vida. Por la mañana dirás: ¡Quién diera que fuese la tarde! y a la tarde dirás: ¡Quién diera que fuese la mañana! por el miedo de tu corazón con que estarás amedrentado, y por lo que verán tus ojos”* (Deuteronomio 28:65-67).

Pero, en el capítulo treinta de este mismo libro, leemos unas palabras

reconfortantes: *“Sucederá que cuando hubieren venido sobre ti todas estas cosas, la bendición y la maldición que he puesto delante de ti, y te arrepintieres en medio de todas las naciones adonde te hubiere arrojado Jehová tu Dios, y te convirtieres a Jehová tu Dios, y obedecieres a su voz conforme a todo lo que yo te mando hoy, tú y tus hijos, con todo tu corazón y con toda tu alma, entonces Jehová hará volver a tus cautivos, y tendrá misericordia de ti, y volverá a recogerte de entre todos los pueblos adonde te hubiere esparcido Jehová tu Dios. Aun cuando tus desterrados estuvieren en las partes más lejanas que hay debajo del cielo, de allí te recogerá Jehová tu Dios, y de allí te tomará; y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya; y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres”* (Deuteronomio 30:1-5).

Estas son las promesas de Dios.

La infidelidad de Israel

Todos conocen la historia de Israel en Canaán. Después del período de los jueces, cuando el pueblo fue a su vez severamente castigado por sus iniquidades y luego, maravillosamente liberado en virtud de la misericordia de Dios, llegó el tiempo de los reyes y los reinados de David y Salomón constituyeron el período más brillante de la historia pasada de Israel.

Pero lamentablemente Salomón se dejó corromper por sus esposas, cayó en la idolatría y, bajo el reinado de su hijo, Israel perdió su unidad. Dos reinos, dos capitales, compitieron entonces en maldad e infidelidad, hasta que Dios puso fin a sus iniquidades entregándolos en manos de sus enemigos. Sordos a los llamamientos de los profetas, rehusando volver al Señor, el pueblo del Dios verdadero vio caer sobre ellos los terribles juicios que Moisés había anunciado.

Después de Samaria, Jerusalén fue tomada, el templo destruido y los judíos llevados cautivos a Babilonia. Como el trono de Dios ya no existía en Jerusalén, el poder pasó a manos de las naciones y ha permanecido allí hasta ahora. Con Nabucodonosor comienza, de forma simultánea, el tiempo de las naciones, el cautiverio y la dispersión de los judíos. Pero si los crímenes del pueblo trajeron su retribución sobre ellos, Dios, a pesar de todo, no renunció a sus planes.

Como había anunciado Jeremías, setenta años después de la deportación a Babilonia, un remanente judío regresó a Judea para reconstruir el templo y Jerusalén, por orden de Ciro. Sin embargo, en ningún momento estos judíos que regresaron recuperaron su independencia. Tributarios primero de los persas y luego de los griegos, estaban bajo el yugo de los romanos cuando Jesucristo nació en Belén.

Así que todas las promesas con respecto al restablecimiento de Israel en Palestina aún están por llegar.

Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios Fuerte, Padre Eterno, Príncipe de Paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.

(Isaías 9:6-7)

¿Es Jesús el cumplimiento de todas las profecías sobre el Mesías?

Presentándose en medio de su pueblo como la posteridad prometida a Abraham, el libertador anunciado por Moisés, el hijo de David y el Mesías anunciado por todos los profetas, Jesucristo no fue reconocido por los suyos. Tratado de impostor y blasfemo, porque reclamó la igualdad con Dios, fue entregado a Pilato para ser crucificado. Así, con precisión matemática, la profecía de Daniel se hizo realidad, anunciando que al final de la sexagésima novena semana de años, que comenzó con el decreto de Artajerjes (445 a.C.), el Mesías sería muerto (Daniel 9:26)¹.

¿Cómo es que los judíos rechazaron a aquel que debía ser su mayor gloria? Más preocupados por ser liberados del yugo de los romanos que de sus pecados, los judíos solo esperaban un Mesías nacional y político, capaz de traerles liberación temporal. Jesús no respondió a sus expectativas e incluso sus milagros no pudieron llevarlos a la fe. Unidos con los romanos para darle muerte, perdieron sus últimos privilegios ante Dios.

Además, cuando Cristo resucitado ascendió al cielo, sus apóstoles señalaron, mientras predicaban el evangelio, que judíos y gentiles ya no podían ser salvos excepto por la gracia de Dios, siendo todos igualmente culpables ante Él. Por la cruz, el muro que separaba a los judíos de las naciones fue destruido, de modo que los que aceptaron el Evangelio, tanto judíos como gentiles, se convirtieron en parte de un nuevo pueblo: la Iglesia de Dios.

El rechazo definitivo de Cristo provocó en el año 70 la destrucción de Jerusalén. Jesús lo había anunciado, llorando por esta ciudad que no quería saber nada sobre lo referente a su paz. ¿Cómo puede ser que aún hoy tantos judíos, leyendo la Ley, los Salmos y los Profetas, que hablan con tanto detalle de los sufrimientos, muerte y resurrección del Mesías y de su glorioso regreso, todavía no reconocen en Jesús al Cristo, el Mesías de Israel, el único Salvador del mundo?

1 ▶ "Y después de las sesenta y dos semanas se quitará la vida al Mesías..."

El apóstol Pablo explica que al leer el Antiguo Testamento, un velo permanece sobre su corazón, y no se levanta hasta que se vuelven a Cristo, es decir, cuando se convierten al Señor (2 Corintios 3:14-16)².

2 ▶ *"Pero el entendimiento de ellos se embotó; porque hasta el día de hoy, cuando leen el antiguo pacto, les queda el mismo velo no descubierto, el cual por Cristo es quitado. Y aun hasta el día de hoy, cuando se lee a Moisés, el velo está puesto sobre el corazón de ellos. Pero cuando se conviertan al Señor, el velo se quitará".*

El obstáculo a la fe de los judíos

Amigos israelitas, si el testimonio de los cristianos es un obstáculo para vuestra fe, no os privéis más por su causa de las bendiciones que el Dios vivo quiere dar a vuestras almas.

¡Conoced a Jesús en los Evangelios y examinad en las Escrituras si Él no era el Cristo! Entonces la luz brotará en vuestros corazones, y descubriréis el maravilloso plan de Dios cuando reconozcáis que Jesucristo es verdaderamente la gloria de Israel (Lucas 2:30-32)¹.

Comprenderéis que se ha abierto un paréntesis en el transcurso de vuestra historia. Se os revelará el misterio escondido desde los tiempos en Dios y, con Pablo, comprenderéis que la caída de Israel hizo accesible a las naciones la salvación, salvación que les llega de los judíos.

Cuando los judíos intransigentes vieron caer sobre ellos las terribles palabras que habían dicho: *"Su sangre sea sobre nosotros, y sobre nuestros hijos"* (Mateo 27:25), se inició un tiempo para los hombres de todas las razas e idiomas para que se conviertan al Señor y formen un pueblo en la tierra para llevar su nombre (Hechos 15:14)².

Este tiempo, el tiempo de la Iglesia, así como también el tiempo de las naciones, está llegando a su fin. El gran paréntesis en la historia profética se cerrará y Dios reanudará su relación con Israel, su pueblo. Sí, ese día se acerca, el tiempo se acaba.

Los pueblos que han recibido el Evangelio no han puesto en práctica las palabras de Cristo. Los cristianos han sido infieles a su misión. Lo que se anunció sobre las naciones y la Iglesia se hace realidad. En los días en que la profesión de fe cristiana, sin vida verdadera, se encamina hacia la apostasía predicha por Jesús y los apóstoles, la Iglesia fiel, el cuerpo de Cristo, formada por todos los creyentes unidos a su gloriosa Cabeza y entre sí por el Espíritu Santo, espera su arrebatamiento.

Entonces, en medio de un cristianismo corrupto y quebrado, aparecerá el Anticristo, a quien todos los que no han tenido el amor de la verdad para ser salvos, aclamarán y servirán, adorando a la Bestia y a su imagen.

¹ ► *"Porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para revelación a los gentiles, y gloria de tu pueblo Israel".*

La reanudación de las relaciones de Dios con Israel debe coincidir con estos primeros acontecimientos.

2 ▶ *“Simón ha contado cómo Dios visitó por primera vez a los gentiles, para tomar de ellos pueblo para su nombre”.*

Una mirada al futuro de Israel

Al regresar a la tierra de los Patriarcas, a menudo en un estado de incredulidad, los judíos, lidiando con mil dificultades, creerán que pueden encontrar ayuda al hacer una alianza con el gran líder del futuro occidente unido. Pero la ayuda que viene del hombre es en vano; Israel tendrá que aprenderlo una vez más. Tres años y medio después, según las Escrituras, el pacto se romperá y este pueblo entrará en la última fase de su sufrimiento, la gran tribulación de Jacob predicha por los profetas.

Perseguidos en su tierra, los judíos que no quieran adorar a la Bestia y su imagen serán ejecutados, mientras que otros huirán a las montañas. En su angustia, invocarán a su Señor y, como antaño en Egipto, se les revelará el brazo de Dios. Israel se ha convertido en un objeto de codicia para las naciones de la tierra, todos los pueblos se unirán contra Israel para una guerra final, cuyo resultado daría al vencedor la dominación mundial.

“Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria” (Mateo 24:30). Jesús, el Mesías esperado, descenderá del cielo y destruirá con el aliento de su boca a los ejércitos de las naciones reunidas en la llanura de Meguido para la famosa batalla de Armagedón.

Ese día, se cumplirá finalmente la profecía de Zacarías: *“En aquel día Jehová defenderá al morador de Jerusalén... Y en aquel día yo procuraré destruir a todas las naciones que vinieren contra Jerusalén. Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito”* (Zacarías 18:8-11).

Cristo finalmente reconocido por su pueblo, podrá establecer su reino universal de justicia y paz descrito tan maravillosamente por los profetas: *“Asimismo acontecerá en aquel tiempo —dice Isaías—, que Jehová alzaré otra vez su mano para recobrar el remanente de su pueblo... y juntará los desterrados de Israel, y reunirá los esparcidos de Judá de los cuatro confines de la tierra”* (Isaías 11:11).

Entonces, con el transcurso del tiempo, en una tierra purificada de todos

los escándalos y de todos los que cometen iniquidad, sucederá *“que será confirmado el monte de la casa de Jehová como cabeza de los montes, y será exaltado sobre los collados, y correrán a él todas las naciones. Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte de Jehová, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de Jehová. Y juzgará entre las naciones, y reprenderá a muchos pueblos; y volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra”* (Isaías 2:1-4, ver también Isaías 65:16-25).

¡Tal es, en líneas generales, el destino de Israel!

Las señales que anuncian el regreso del Mesías

Amigos, ¡el momento está cerca! Seamos quienes seamos, ¡no endurezcamos nuestro corazón! Hoy se cumple la gran profecía de Ezequiel sobre los huesos secos (Ezequiel 37:1-14)¹. Se oye un ruido entre los huesos esparcidos de Israel. Dios los saca, por la fuerza, de los sepulcros de las naciones donde fueron enterrados. Ya ha regresado un buen número a esta Tierra Prometida. Los nervios, la carne, la piel los cubren. Pero el Espíritu todavía no les ha sido dado. Ha surgido un cuerpo organizado, una nueva nación. Pero, ¿qué sucederá cuando el soplo del Espíritu de Dios los visite y los anime? ¿Cuándo, después de su despertar nacional, este pueblo experimentará su despertar espiritual?

“De la higuera aprended la parábola —dijo Jesús—: Cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas”. Y añade: “De cierto os digo, que no pasará esta generación hasta que todo esto acontezca” (Mateo 24:32-34).

¿De qué generación estaba hablando sino de la que vería la higuera reverdecer? ¡En la tierra de Israel, las ramas de la higuera ya están tiernas!

1 ► Ver apéndice en página 109

... y te hará volver Jehová tu Dios a la tierra que heredaron tus padres, y será tuya y te hará bien, y te multiplicará más que a tus padres.

(Deuteronomio 30:5a)

Conclusión

Más relevantes que nunca, suenan en los oídos de nuestros corazones las palabras del apóstol Pedro: *"Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos con él en el monte santo. Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro, hasta que el día esclarezca y el lucero de la mañana salga en vuestros corazones; entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada, porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo"* (2 Pedro 1:16-21). Si es así, es esta Palabra la que debemos creer, vivir y anunciar.

Israel, Israel, ¡tu futuro es Cristo! ¡Tu Mesías que viene, el león de la tribu de Judá, es el Cordero inmolado en el Gólgota por los pecados del mundo!

Y tú, tierra. Tierra que conoce el Evangelio, tierra durante tanto tiempo regada por la lluvia del cielo, y que produce espinos y cardos, tierra reprobada y próxima a ser maldecida, escucha el último mensaje del Cristo glorificado: *"el tiempo está cerca..."* (Apocalipsis 1:3). *"El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía. He aquí yo vengo pronto, y mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según sea su obra"* (Apocalipsis 22:11-12).

"Bienaventurados aquellos siervos a los cuales su señor, cuando venga, halle velando..." (Lucas 12:37).

Entonces vi el cielo abierto; y he aquí un caballo blanco, y el que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea... Estaba vestido de una ropa teñida en sangre; y su nombre es: EL VERBO DE DIOS... Y en su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: REY DE REYES Y SEÑOR DE SEÑORES.

(Apocalipsis 19:11-16)

Apéndice Ezequiel 37:1-14

La mano de Jehová vino sobre mí, y me llevó en el Espíritu de Jehová, y me puso en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Y me hizo pasar cerca de ellos por todo en derredor; y he aquí que eran muchísimos sobre la faz del campo, y por cierto secos en gran manera. Y me dijo: Hijo de hombre, ¿vivirán estos huesos? Y dije: Señor Jehová, tú lo sabes. Me dijo entonces: Profetiza sobre estos huesos, y diles: Huesos secos, oíd palabra de Jehová. Así ha dicho Jehová el Señor a estos huesos: He aquí, yo hago entrar espíritu en vosotros, y viviréis. Y pondré tendones sobre vosotros, y haré subir sobre vosotros carne, y os cubriré de piel, y pondré en vosotros espíritu, y viviréis; y sabréis que yo soy Jehová. Profeticé, pues, como me fue mandado; y hubo un ruido mientras yo profetizaba, y he aquí un temblor; y los huesos se juntaron cada hueso con su hueso. Y miré, y he aquí tendones sobre ellos, y la carne subió, y la piel cubrió por encima de ellos; pero no había en ellos espíritu. Y me dijo: Profetiza al espíritu, profetiza, hijo de hombre, y di al espíritu: Así ha dicho Jehová el Señor: Espíritu, ven de los cuatro vientos, y sopla sobre estos muertos, y vivirán. Y profeticé como me había mandado, y entró espíritu en ellos, y vivieron, y estuvieron sobre sus pies; un ejército grande en extremo. Me dijo luego: Hijo de hombre, todos estos huesos son la casa de Israel. He aquí, ellos dicen: Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos. Por tanto, profetiza, y diles: Así ha dicho Jehová el Señor: He aquí yo abro vuestros sepulcros, pueblo mío, y os haré subir de vuestras sepulturas, y os traeré a la tierra de Israel. Y sabréis que yo soy Jehová, cuando abra vuestros sepulcros, y os saque de vuestras sepulturas, pueblo mío. Y pondré mi Espíritu en vosotros, y viviréis, y os haré reposar sobre vuestra tierra; y sabréis que yo Jehová hablé, y lo hice, dice Jehová.

Índice

Introducción a la Antología del destino	3
--	----------

Libro 1 - El mundo y su destino

Prólogo	7
Una solemne advertencia	9
¿Cuándo y cómo se producirá esta liberación?	11
El mundo en su sentido histórico	13
El mundo como sistema	17
¿Qué seremos en este mundo?	21
Conclusión	23

Libro 2 - El hombre y su destino

Introducción	29
¿Qué sabemos?	31
Nuevas preguntas	35
El hombre, pretendiendo ser sabio, se ha vuelto insensato	37
Una mirada hacia adelante	39
¿Es cierto que todo acaba con la muerte?	41
Una experiencia dolorosa	43
¿Encontraré en mí mismo mi origen y mi destino?	45
¿Tendrá la naturaleza una respuesta?	47
Finalmente, una oración	49
El testimonio de la Biblia	51
Conclusión	55

Libro 3 - La Iglesia y su destino

Introducción	59
¿Qué es la Iglesia?	61
¿Dónde está la verdad?	63
¿Qué sabemos de la Iglesia de Dios?	65
¿Cómo definir la Iglesia hoy?	69
¿Cuál ha sido el desarrollo de la Iglesia y cuál es su situación actual en el mundo?	73

¿Dónde encontrar la Iglesia de Cristo hoy?	75
¿Cuál es el destino de la Iglesia verdadera?	77
Conclusión	83

Libro 4 - Israel y su destino

Introducción	87
El propósito inmutable de Dios	89
Solo la Biblia muestra el pasado y futuro de Israel	91
El llamamiento de Dios a Abraham	93
Moisés, los profetas y el pacto de la ley	95
La infidelidad de Israel	97
¿Es Jesús el cumplimiento de todas las profecías sobre el Mesías?	99
El obstáculo a la fe de los judíos	101
Una mirada al futuro de Israel	103
Las señales que anuncian el regreso del Mesías	105
Conclusión	107
Apéndice. Ezequiel 37:1-14	109



Ferran Cots editor • Barcelona

